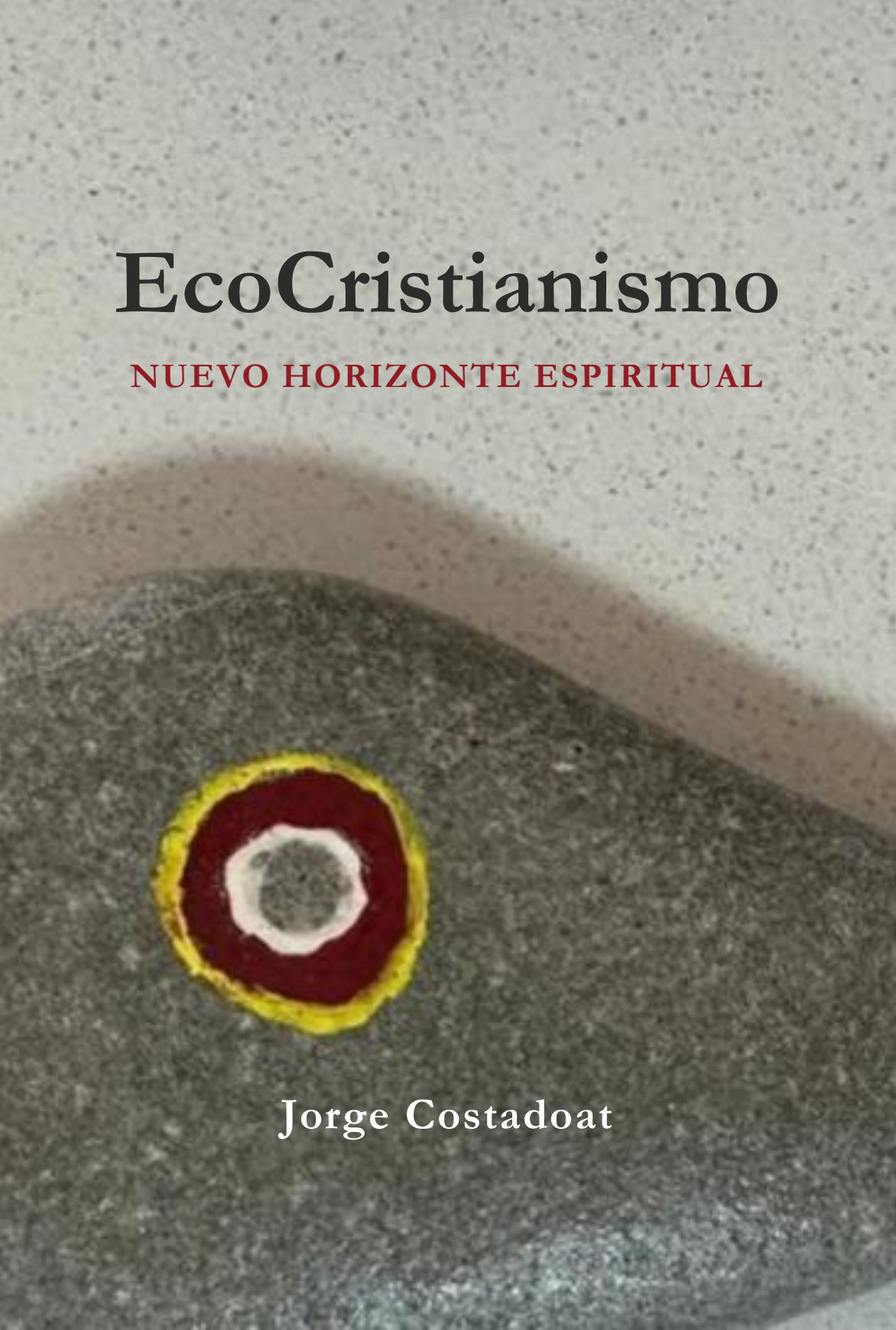
EcoCristianismo

NUEVO HORIZONTE ESPIRITUAL



Jorge Costadoat

Título: EcoCristianismo. Nuevo horizonte espiritual
2da. edición
© Jorge Costadoat S.J.
Santiago de Chile
2026
ISBN: 978-956-420-309-6
Portada: "Mirados por el Pilpilén"



Esta publicación está disponible en acceso abierto bajo la licencia Attribution 4.0 (CC BY 4.0 https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/). Al utilizar el contenido de la Obra, Ud. debe dar crédito al autor. Esta licencia le permite distribuir, remezclar, adaptar y construir sobre la Obra en cualquier medio o formato, incluso con fines comerciales.

Dios de amor,
muéstranos nuestro lugar en este mundo
como instrumentos de tu cariño
por todos los seres de esta tierra,
porque ninguno de ellos está olvidado ante ti.
Ilumina a los dueños del poder y del dinero
para que se guarden del pecado de la indiferencia,
amen el bien común, promuevan a los débiles,
y cuiden este mundo que habitamos.
Los pobres y la tierra están clamando:
Señor, tómanos a nosotros con tu poder y tu luz,
para proteger toda vida,
para preparar un futuro mejor,
para que venga tu Reino
de justicia, de paz, de amor y de hermosura.
Alabado seas.
Amén.

Francisco,
Laudato si'
Pentecostés, 2015

Introducción

A lo largo de su historia, el cristianismo ha enfrentado diversos desafíos. No es nuestra intención repasar aquí los acontecimientos o las civilizaciones en los que los cristianos se destacaron al anunciar a Jesucristo como una buena noticia capaz de transformar a las personas y las culturas, en consonancia con lo que Jesús llamó el "Reino de Dios".

En este amplio escenario apostólico surge una pregunta: ¿qué sentido tiene, en tiempos del Antropoceno, anunciar que el Hijo de Dios se hizo hombre?

El Antropoceno es el nombre de la era actual. Estamos comenzando a tomar conciencia de que el ser humano es la causa de la megacrisis ecológica y socioambiental. Esta crisis amenaza con llevar a la humanidad al colapso, del mismo modo que provoca la extinción de muchas especies y destruye otras bellezas de la naturaleza. El ser humano es el principal responsable, directa o indirectamente, ya sea como agente o como paciente que no puede evitar contaminar para sobrevivir, del caos en curso.

Esta pregunta es urgente para un cristianismo antropologizado. La cristología del siglo XX se enriqueció en la medida en que profundizó en la humanidad de Jesús. Se "modernizó", podría decirse, o también se "inculturó" en una cultura que reforzó la importancia del ser humano en un mundo que hoy cree tener las claves científicas en sus manos. La Iglesia dejó de condenar cada nuevo progreso de la modernidad. El Vaticano II acertó al dialogar con ella. El Concilio, de este modo, recordó a los cristianos que Cristo no solo fue un ser

humano igual a nosotros, sino que la medida de su divinidad era perceptible en su máxima humanidad (*Gaudium et Spes* 22).

Aunque esta cristología del siglo XX constituye un gran avance, pues impulsa un cristianismo más humano, a medida que tomamos conciencia de los límites de la modernidad y, sobre todo, de los efectos secundarios del desarrollo moderno, resulta urgente revisar qué Cristo estará, en el futuro, a la altura de la historia.

Hagamos memoria: la revelación judeocristiana nos recuerda que Dios encomendó a Adán y Eva el cuidado de la creación. Esta misión, sin embargo, no debería haber dado pie a una comprensión ideológica de la responsabilidad del ser humano en el planeta. ¿Cómo debemos entender que el hombre es la principal de las criaturas? ¿Acaso la fe en Cristo —el segundo Adán— no tiende a reforzar el dominio del hombre sobre la tierra, eximiéndolo de una empatía básica para comprender que las demás criaturas también son prioritarias para el Creador?

Este sencillo libro reúne columnas escritas con esta inquietud. Consta de seis capítulos.

El primero, titulado Reto apocalíptico, advierte que la crisis medioambiental se está constituyendo en el problema número uno de la humanidad en varios aspectos: económico, científico, político, cultural y espiritual. Bien puede hablarse de una situación apocalíptica. Conviene tener en cuenta el concepto judío originario del término. Normalmente se piensa que apocalipsis es simplemente una catástrofe universal. El cristianismo, sin embargo, en línea con la Biblia, lo concibe como un tiempo de conversión destinado precisamente a evitar el desastre. La comunidad internacional reunida en la COP21 en París ha procurado anticiparse a esta posibilidad. También lo ha hecho el papa Francisco con la encíclica *Laudato si'* y con las exhortaciones *Laudate Deum* y *Querida Amazonía*. En estos documentos, el Papa llama la atención sobre las causas del deterioro progresivo de la Casa Común,

recuerda que Dios es el Creador del mundo y llama a generar una cultura sensible a la coexistencia entre todas las criaturas.

Luego, en el capítulo Campanazo pandémico, se destaca que durante la pandemia de COVID-19 se anticiparon, de alguna manera, los posibles efectos de la gran crisis medioambiental. En 2020, cuando menos se esperaba, la humanidad entera se vio obligada a recluirse, como en un búnker. Un peligro desconocido afectó a millones de personas, muchas de las cuales murieron sin poder despedirse de sus seres queridos. Fue un recordatorio dramático de que, para bien o para mal, todos pertenecemos a una misma humanidad. En aquel tiempo crítico surgió la necesidad urgente de encontrar soluciones a todos los niveles, lo que reveló el sentido profundo del sufrimiento compartido y de la solidaridad. Estos largos meses fueron un campanazo que anunció nuestra entrada a un nuevo mundo, donde sería necesario emprender cambios culturales trascendentes.

En tercer lugar, algunas columnas hacen un llamado a ir a la raíz de los problemas de esta civilización. Urge radicalidad. La pandemia misma ha obligado a volver a lo esencial, presentándose como una oportunidad para construir una nueva civilización basada en el agradecimiento por una vida compartida. La educación en resiliencia y el reconocimiento de nuestra pobreza esencial son fundamentales para afrontar un futuro incierto. Una filosofía comprometida debe guiar esta transformación, vinculando mente y corazón, y rescatando el conocimiento de los pobres para crear una nueva ética. Esta radicalidad implica desafiar el *statu quo*, promoviendo una acción colectiva y una visión esperanzadora que permita superar el drama de nuestra época.

Un cuarto capítulo, titulado La inclusión de los "otros", hace un llamado a atender la realidad de los pueblos originarios, quienes poseen una cosmovisión rica y profunda y, a pesar de ello, son víctimas de atropellos de todo tipo. En estas culturas, las personas mantienen una conexión esencial y agradecida con su entorno natural. Esta relación se amalgama, en su caso, en una espiritualidad que los occidentales

modernos y cristianos no tienen o han perdido. Una espiritualidad de la copertenencia debe ser inclusiva, abriéndose a todos los fenómenos y síntesis humanas y religiosas. En esta sección del libro se ofrecen ejemplos chilenos: uno es el del pueblo mapuche; otro, lo que ocurre en una plaza de Santiago de Chile.

El quinto capítulo, Nuevas experiencias místicas, amplía y corrige un concepto estrecho y muchas veces equivocado de la espiritualidad cristiana. Para empezar, una espiritualidad sensible a la realidad medioambiental del planeta Tierra y deseosa de contribuir a su recuperación tendría que poner entre paréntesis la idea de un Dios ajeno al mundo. El cristianismo reconoce en su tradición la posibilidad de una falsa mística, caracterizada por la *fuga mundi* ("huida del mundo" o alienación). En la actualidad, por diversas vías, se ha abierto la puerta a nuevas experiencias místicas que, si se trata de cristianismo, deberían impulsar una responsabilidad ecológica acorde con la fe en el Creador de una obra admirable y hermosa, tanto en las grandes como en las pequeñas criaturas.

Por último, el libro valora la labor profética de los activistas defensores del medioambiente. Es la Hora del activismo. No todos, por cierto, pueden ejecutar acciones riesgosas en este campo, pero ha de reconocerse, al menos, que conocer la realidad medioambiental y sensibilizarse ante el sufrimiento de la Tierra no son suficientes. Se requiere, además, un compromiso activo en la defensa del planeta. En esta sección del libro se presentan algunas intervenciones del autor orientadas a generar cambios sociopolíticos en Chile. Aunque resulta complejo evaluar el éxito de estas columnas, es razonable pensar que algunas de ellas produjeron efectos positivos.

CAPÍTULO I

Reto apocalíptico

El problema número uno

Nunca la humanidad había tenido tanta necesidad de detectar su problema número uno. Lo nuevo es que, esta vez, el problema número uno se está convirtiendo en el único problema. También en otros momentos la humanidad ha experimentado un *acabo mundi*. A cincuenta años de que Colón pisara el Caribe, la población nativa había disminuido en un 95%. Pero hoy, comenzando el siglo XXI, el mundo enfrenta una crisis ecológica, socioambiental o como quiera llamársela, que afecta por igual a todos los seres humanos y a gran parte de los seres vivos. El problema es el número uno en varios campos.

Este es el gran problema económico porque nuestra economía, la del consumo ilimitado, se desbocó. La "mano negra" del mercado ha sido un mito con el cual la especie humana se ha apoderado de todo cuanto ha podido comprar y vender a un precio demasiado alto. El egoísmo no forjó automáticamente un mundo mejor compartido. No se puede seguir creciendo para consumir y consumir para crecer. El planeta se agotó. El ser humano no da para más.

Este es el problema científico prioritario. ¿Podrán los científicos desarrollar la ciencia y las técnicas necesarias para evitar el colapso antes de que ocurra? ¿Podrán realizar un trabajo multidisciplinar e interdisciplinar con los economistas para forjar otra idea de desarrollo humano? El máximo desafío científico es crear instrumentos de relación e intercambio entre los seres humanos y no humanos, basados en el cuidado colectivo.

Este es el problema político clave. Todo el mundo culpa a los políticos de los males habidos y por haber. ¿Pero qué pueden hacer ellos en el escenario antes descrito? Dejando aparte los inveterados vicios de la clase política, los políticos tienen que forzar a las universidades a reorientar la investigación y reenfocar la enseñanza para

revertir el curso hacia la hecatombe. Y, por otra parte, debieran frenar en seco a los superricos que desvían el trabajo científico hacia el desarrollo de técnicas mercantiles con las que continúan apropiándose de la tierra, multiplicando la miseria y socavando las democracias.

Es el problema cultural más importante. El mundo no tiene una cultura para compartir el planeta entre todos los seres vivos. Prima, en cambio, la voracidad, el uso y el desecho. ¿Alcanzará la educación a avivar en los habitantes de la Tierra el amor por los otros y por todo lo que reclama algún tipo de derecho a existir? Se requieren nuevos estilos de vida, nuevos modos de mirarse entre los pueblos y nuevas maneras de convivir entre los seres vivos e inertes.

También es el problema principal de la espiritualidad. Esta es la capacidad con la que nos abrimos al sentido último del vivir y del morir. La humanidad requiere reconocer el valor trascendente de cargar consigo misma y encargarse de todo lo demás. Necesitamos aprender a gozar la vida con los otros y no a pesar o a costa de ellos. Pero habrá que prepararse también para la posibilidad de la muerte colectiva. Se podrá entonces al menos elegir la actitud con la que morir. La disyuntiva es esta: continuar por la senda de apropiarse de lo ajeno, del consumo y del crecimiento acromegálico; o compartir hasta morir unos en favor de otros. Esta alternativa, a mi juicio, tiene un valor eterno. Cuestión de creencias. La otra me parece abominable.

Estos son los principales aspectos del problema número uno: la catástrofe planetaria que, aun no siendo la primera en la historia, nos amenaza como nunca ocurrió con nuestros antecesores. A las nuevas generaciones el Dalai Lama les advierte: "Por primera vez en la historia humana, vuestro derecho a la vida, y el derecho a la vida de vuestros hijos, no está asegurado" (A call for revolution, 2017). Y, a continuación, les exhorta a la compasión con los seres vivos y a dar la pelea por revertir la tendencia hacia la tragedia.

La apocalíptica judeocristiana

La situación creada por la pandemia del COVID-19 es apocalíptica. No se equivocan los catastrofistas: hay razones para estar preocupados. Millones de latinoamericanos volverán a la pobreza. Hombres y familias se quebrarán.

Vistas las cosas desde la Luna, con un gran telescopio, se dirá que lo que ocurre en la Tierra es una crisis dentro de la crisis. Una sindemia. El cataclismo del coronavirus ocurre en tiempos en que la vida, en particular la humana, corre el riesgo de extinguirse. Si la temperatura media del planeta llega a 5 °C —o quizás menos—, se acabó todo.

La situación es apocalíptica, pero hay una apocalíptica mala y una buena. La mala se alimenta de temores paralizantes. Tal puede ser su impacto en la psique que hace que las personas bajen los brazos y se echen a morir. La versión religiosa mala de la apocalíptica ve en los tsunamis, ciclones, guerras, terremotos, inundaciones y plagas como esta del virus, un castigo divino por los pecados de la humanidad. El dios de las sectas apocalípticas suele entregar a un gurú el relato del *acabo mundi* y el dominio de las mentes de personas incapaces de pasar a una acción distinta de la de distribuir panfletos alucinantes.

La buena apocalíptica, en cambio, mueve a la acción con mayúscula. Su origen es bíblico y se remonta a unos 150 años antes de Cristo. Se contiene en la literatura que quiso hacer justicia a los mártires macabeos que resistieron los intentos de helenizarlos. A las generaciones siguientes, los libros apocalípticos prometieron que un día, al fin del mundo, habría un juicio que rehabilitaría a sus víctimas. El Apocalipsis del Nuevo Testamento entronca con esta tradición. Es un canto al Cristo que fallará en favor de los cristianos perseguidos y asesinados por el Emperador romano. Ellos, gracias a esta promesa, tuvieron

esperanza y resistieron como si fuera razonable vivir en un mundo adverso.

Hoy, ¿hay que creer en Dios para conjurar la fatalidad? Pienso que no. Bastará con "creer" que tiene sentido ejecutar acciones que hagan justicia a los defraudados y al planeta. Acciones trascendentes, es decir, que nos hagan pasar de la defensa de intereses particulares a la celebración de un mundo compartido. Compartir la Tierra es trascendente porque importa a todos. A quienes quieran compartirla, una buena apocalíptica les dirá que tengan esperanza, que luchen, que crean que habrá algo así como un juicio final en el que se sabrá a las claras que sus luchas tuvieron un valor eterno. Esta "fe" apocalíptica, lejos de aterrar, paralizar o inhibir, mueve a interrumpir el curso de la historia y, para ser concretos, a combatir las causas de la crisis dentro de la crisis que está llevando a la humanidad al despeñadero.

Cristianismo en tiempos apocalípticos

La tragedia de la pandemia del Covid-19 levantó la pregunta por el tipo de cristianismo que vendría después y por la modalidad de Iglesia que debiera estar a la altura de las nuevas circunstancias.

La multiplicación de los focos de violencia y de guerras que estallan por doquier, también hace relevante tal pregunta. ¿Estamos ya, según el decir de Francisco, en la Tercera Guerra Mundial? No lo creo, pero no puedo excluir que llegue a tener lugar. Tal es la acumulación de armamento atómico que esta será, sin duda, la última de las guerras, grandes o chicas. En este último tiempo tenemos delante de los ojos a Rusia contra Ucrania, a Israel contra el pueblo palestino, un abierto genocidio, y detrás de estos conflictos y de tantos otros, a EE. UU.

Estos y otros fenómenos escalofriantes, como puede serlo el desarrollo de una Inteligencia Artificial que se autonomice, han de ser emparentados al cataclismo inminente del sistema eco- y socioambiental. La especie humana y otras especies vivas se extinguen. La Tierra puede estar experimentando la sexta extinción masiva. En el Pérmico-Triásico murieron el 96% de las especies marinas. La extinción de los dinosaurios tuvo lugar a fines del período Cretácico.

El escenario es el de un *acabo mundi*. ¿Qué hacer? La respuesta a esta pregunta es teórica en principio y, en definitiva, práctica. No debiera extrañar, por tanto, que la teología deba volver a ocuparse de la apocalíptica judeocristiana.

De entrada, debe considerarse que la palabra apocalipsis tiene mala prensa. Pero una deficiente comprensión de la apocalíptica debe ser distinguida respecto de su concepto original. La mala apocalíptica alimenta temores paralizantes. Tal puede ser su impacto en la psiquis que hace que las personas bajen los brazos y se echen a morir. La versión religiosa equivocada del Apocalipsis ve en los tsunamis,

ciclones, guerras, terremotos, inundaciones y plagas, un castigo divino por los pecados de la humanidad. El dios de las sectas apocalípticas suele entregar a un gurú el relato del fin del mundo y el dominio de las mentes de personas incapaces de pasar a otra acción que a la de distribuir panfletos alucinantes.

La buena apocalíptica, todo lo contrario, mueve a la acción con mayúscula. Su origen es bíblico. Surgió unos 150 años a.C. Se contiene en la literatura que quiso hacer justicia a los mártires macabeos que resistieron los intentos por helenizarlos. A las generaciones siguientes, los libros apocalípticos prometieron que un día, al fin del mundo, habría un juicio que rehabilitaría a las víctimas de la injusticia. El libro del Apocalipsis del Nuevo Testamento entronca con esta tradición. Este es un canto al Cristo que fallará en favor de los cristianos perseguidos y matados por el Emperador romano. Ellos, gracias a esta promesa, tuvieron esperanza y resistieron como si fuera razonable vivir en un mundo amenazante.

En el mismo Jesús se reconocen rasgos claramente apocalípticos. Su propia espiritualidad israelita radica en la tradición de los jasidim, la de aquellos macabeos que esperaron un juicio final y una resurrección de los muertos. Jesús apareció en la Galilea de su época anunciando la llegada del reino de Dios. El fin, comenzado con él, era inminente. En su caso, a diferencia del Bautista que anunciaba un castigo divino, su predicación se caracterizó por ser una Buena Noticia fragmentada en una variedad de bienaventuranzas ofrecidas ampliamente a todos y, en primer lugar, a quienes la vida misma les era una mala noticia.

El contexto histórico actual justifica desempolvar el pensamiento apocalíptico. Si se trata de enderezar el curso de la historia, si queremos dar otro sentido a nuestra existencia colectiva, es preciso, sobre todo, recuperar la idea de tiempo propio de la apocalíptica para oponerla a la visión moderna del tiempo, pues la modernidad opera como si el futuro de la humanidad fuera a ser siempre mejor por el mero desarrollo de la ciencia y de la técnica. Esta óptica, aún viva, es cuestionada. En lo

inmediato, no se puede seguir creyendo que los costos sociales del progreso moderno justifiquen un éxito futuro para toda la humanidad. La misma pandemia, por ejemplo, ha dejado a la vista las enormes desigualdades que las modernizaciones han provocado. No hay futuro para los pobres si en la actualidad no se ejecutan acciones que modifiquen su suerte. Si en algún momento se acusó al cristianismo, con o sin razón, de constituir una *fuga mundi* a una trascendencia alienante, igualmente alienante debe considerarse en el presente la *fuga mundi* al futuro que todavía ofrece, como si no hubiera ya fracasado, la versión capitalista de la modernidad. El capitalismo nos ha puesto a competir para maximizar las ganancias, a efecto de lo cual facilita convertirlo todo en mercancía, incluso al trabajo y a los trabajadores; convirtiendo a seres vivos e inertes en materia prima de una prosperidad infinita.

En otras palabras, en el siglo XXI, la recuperación de la apocalíptica bíblica debiera contribuir a sustituir el paradigma temporal de la modernidad. Lo hará si combate su idea de un tiempo lineal que favorece una visión ilusoria del futuro. Su futuro no tiene futuro. Es una promesa imposible de cumplir porque no incorpora en el presente las condiciones antropológicas y cosmológicas de su posibilidad. La buena apocalíptica, por el contrario, en vez de vociferar una ilusión ofrece esperanza; promete a la humanidad un triunfo más allá de la historia a quienes, ahora, hagan algo por interrumpir el curso al desastre. Es así como la antigua idea de un juicio final recobra validez. Si hay un juicio, hay un sentido. Si hay un sentido, corresponde practicarlo. El caso es que la historia puede tener un sentido distinto que el que le ha dado la cultura gestada por quienes se han ido apoderando de la tierra y extrayendo de ella, sin piedad, todo lo que puedan convertir en dinero.

Un nuevo sentido de la historia, sin embargo, demanda una modificación de la praxis cristiana que concrete una conversión del corazón a una irrupción de Dios en el presente. A saber, los cristianos

tendrían que volver a vivir su vida sub specie aeternitatis, conjugando en el presente el tiempo increado con el tiempo creado, comprometiéndose en el salvataje del mundo. Frente a la *fuga mundi* terrorífica de la mala apocalíptica y la *fuga mundi* a un futuro ilusorio de la versión capitalista de la modernidad, los cristianos pueden extraer de su visión teológica, un *amor mundi* consistente en mirar la realidad como creación de un Dios que lo ama y que llama a recuperarlo cuanto antes. La praxis cristiana, en este sentido, tendría que enfrentar a ambas *fuga mundi*.

Al efecto, se dan dos tipos de praxis complementarias o, más bien, se da una sola praxis con dos aspectos. Uno es el aspecto interior, personal, que comienza con una conversión del corazón. En las actuales circunstancias se requiere un cambio de mentalidad. Esta, a la vez, exige experiencias nuevas que se dejen inspirar por las experiencias tenidas por otros. Si la figura actual de desarrollo de la humanidad se considera fracasada, debe saberse que ha habido otras figuras de las cuales todavía hay mucho que aprender, como las de los pueblos originarios.

El otro aspecto de esta praxis es el político. El desafío, en este caso, es ir más lejos de las derechas e izquierdas regidas por el paradigma del progreso moderno. El desafío político en la perspectiva de una correcta apocalíptica será, en primer lugar, ofrecer justicia a las víctimas social y mundialmente consideradas, a personas y pueblos crucificados, y por esta vía a toda la humanidad. Si de política se trata, quienes se enrolen en esta causa tendrán que estar dispuestas(os) a ser resistidos precisamente por ir contracorriente.

Todo lo anterior no es nada de fácil de realizar pues requiere de un paso ulterior. Para consistir en una praxis auténticamente cristiana, se necesita articular fe y razón, fe y cultura, fe y ciencia; sin estas articulaciones será imposible relacionar fe y justicia. Si las personas, las universidades católicas y la teología no intentan tales articulaciones, la separación de los planos de la temporalidad y la eternidad conducirá

derecho a la mala apocalíptica y a la práctica de aquella *fuga mundi* que endilga a Dios la salvación de su creación, excusando a sus aterrados devotos de hacer algo para colaborar en su liberación.

Fallo sistémico

Tenemos un problema mundial. Chile es solo uno de los involucrados; no hay que perder la perspectiva. Hay cuatro amenazas mayores y ninguna nos afecta exclusivamente. Y hay una quinta que puede acelerar el peor de los desenlaces de cualquiera de las otras.

La primera es ecológica y medioambiental. Esta crisis amenaza —y en muchos casos el daño ya se produjo— a inmensos territorios. Sea por sequía, sea por inundaciones, millones de seres humanos dejan sus tierras y procuran entrar a otras porque de ello dependen sus vidas. También los países ricos de Europa, año a año, invierten más en aires acondicionados. Este 2026 murieron 50 mil personas de calor.

Las perturbaciones económicas que lo anterior genera se encadenan con una segunda amenaza. A los gobiernos no les es fácil encontrar soluciones al desastre ecológico y medioambiental en curso y frenar las migraciones que, en determinada cantidad, pueden hacer colapsar las finanzas nacionales.

Pero, a su vez, el sistema financiero solo es gobernable en parte. Ni los empresarios, ni los inversionistas, ni los gobiernos controlan bien su funcionamiento. Los países son víctimas de su extraordinaria independencia. Las inversiones vuelan, las poblaciones se desploman. Pero no se trata ya de un sistema social injusto: hoy por hoy no es imputable a los inversionistas que las grandes corporaciones se orienten exclusivamente por el máximo interés.

La cuarta es la guerra comercial abierta entre Estados Unidos y China. Con Donald Trump salió a la luz un enfrentamiento por la hegemonía mundial. Más allá del personaje, este y los chinos buscan alinear a los demás países a un lado o a otro, y enfrentarlos entre sí. El orden político internacional —la ONU en particular— ha perdido todo poder para gestionar los conflictos. La confianza, la buena fe y la

negociación ceden el lugar al matonaje desvergonzado en el caso norteamericano, y más silencioso en el caso chino. El resto de los países son tironeados por una disputa geopolítica, comercial y militar.

Y encima, en muy poco tiempo, ha irrumpido la inteligencia artificial. No es esta una amenaza más: es el ícono de la autonomía de la ciencia y de la técnica, que está por quitarnos las llaves de la casa y convertirnos en sus sirvientes. León XIV ha advertido en *Magnifica humanitas*, su primera encíclica, que la técnica no es neutral: "toma el rostro de quien la concibe, la financia, la regula, la utiliza". Pero incluso quienes invierten en su desarrollo saben que el muñeco se les está arrancando con los tarros. La renuncia de Coxon a Anthropic, y los clamores de otros expertos, por considerar que es urgente detener su desarrollo autónomo antes de que provoque la extinción de la vida, deben considerarse un hito impresionante. Existe el peligro cierto de que la IA capture a la humanidad —máquinas que deciden qué merece atención y quién es sospechoso, que ensayan la creación de nuevos virus o que juegan a la guerra— o de que la haga fracasar del todo. Es estremecedor que el más maravilloso de todos los inventos del *Homo sapiens* pueda llevar las amenazas anteriores a su peor deriva. El escenario fatal pudiera parecerse a un manicomio donde ya no se distinga la verdad del error, del simulacro o del engaño, y donde lo humano acabe en ruinas que decoren la tierra como el Foro Romano en la Ciudad Eterna.

Estamos a un tris de un fallo sistémico. Asistimos a una crisis mayor: lo que está en juego es la humanidad. El ser humano, la dignidad de cada mujer y de cada varón que habitan el planeta, están en peligro de extinción, han dicho los expertos en la IA.

¿Qué hacer?

Revalorizar precisamente al ser humano, exaltar sus mejores logros: la fraternidad, la diplomacia, la magnanimidad, las buenas maneras, el respeto a los adversarios, el derecho y la gobernanza internacionales, capaces de ponerle el cascabel a los gatos. Estas son preseas

civilizatorias aquilatadas por siglos e incluso por miles de años. La tarea queda en manos de las sociedades que no se resignan, de las iglesias, de los países decentes, pues el ser humano puede perder todas las batallas, pero ganar la guerra si actúa a la altura de su vocación. A la humanidad puede despreciársela, pero ella jamás perderá su valor; tratarán de ponerle precio, pero a ella nadie nunca podrá comprarla.

Cuestión de tiempos

Nuestra existencia temporal suele ser problemática, y sería extraño que no lo fuera. Nosotros, como seres temporales, somos problemáticos. Además, nuestra generación vive en una época extraordinariamente compleja. Somos seres enfrentados a problemas porque debemos relacionar tres tiempos.

Es preciso hacer una distinción fundamental entre el tiempo como medida y el tiempo como circunstancia. El reloj, por ejemplo, mide el tiempo; un embarazo, en cambio, es una circunstancia vital que se extiende por un período. El reloj simboliza el tiempo como cronos: cronómetro, cronograma, crónico, anacrónico. El embarazo, por su parte, son nueve meses que pueden vivirse de distintas maneras. Es un período que se registra en un calendario, pero su significado es completamente diferente para las mujeres que lo han experimentado. Puede ser tremendo cuando no es deseado o, por el contrario, maravilloso, como lo es para muchísimas mujeres. Algo similar ocurre en el segundo tiempo de un partido de fútbol. No será lo mismo para un equipo al que le falta un punto para ganar el campeonato que para otro que, de perder, al año siguiente irá a jugar en categorías menores. En el primer equipo puede prevalecer la ansiedad; en el segundo, la angustia. Entonces, ¿qué es el tiempo? Dependerá de las expectativas de los jugadores. Hay incluso una tercera modalidad del tiempo. Si los anteriores son tiempos dados, este es un tiempo creado por el ejercicio de nuestra libertad. Este tiempo comienza con las decisiones o actitudes con las que asumimos tanto los buenos como los malos momentos. Es el tiempo típicamente humano: elegimos o nos elegimos. Intervenimos en el curso del acontecer con acciones que pueden cambiar nuestra vida o incluso la historia. Son acciones trascendentes porque van más allá de la circunstancia en la que nos

encontramos. Volvamos al caso del partido de fútbol. El entrenador de uno de los equipos saca a un delantero y pone a un defensa porque le gusta el resultado y no quiere correr el riesgo de que le metan un gol. Decide, crea una nueva circunstancia. Con un mero cambio, lo que quede del segundo tiempo no será igual.

Sabemos que la libertad es una cualidad humana que se desarrolla y no siempre existe. Ella es fruto de largos años de liberación de condicionamientos biológicos y psicológicos. Durante la niñez, son los padres o tutores quienes toman las principales decisiones por un niño. Lo que caracteriza la adultez es precisamente la capacidad de elegir por sí mismo lo que se cree más conveniente. Pero incluso los adultos no son siempre libres. ¿Puede alguien decidir qué soñar desde que se queda dormido hasta que suene el despertador? Hay realidades que no elegimos, o que pueden anular o limitar al máximo las posibilidades de elección de los adultos: el alcoholismo, el terror provocado por una violación, el hambre.

El caso es que la humanidad se encuentra en una circunstancia inédita. Los seres humanos, responsables del planeta Tierra, nos encaminamos al desastre a causa de malas decisiones personales y colectivas. La modernidad capitalista, un modo de desarrollo cuyo motor es la expectativa de ganancias económicas o la avaricia, ha inaugurado un tiempo apocalíptico. Es cosa de años, de horas, de minutos. Esta circunstancia, que alguna vez fue una posibilidad, se ha convertido en un dato, una realidad. Es, por lo mismo, un desafío máximo a nuestra libertad. ¿Podremos actuar a tiempo? ¿Cuántas décadas nos quedan? No lo sabemos. Tal vez todavía podamos impedir el "apagón". Depende, en todo caso, de nosotros, de nuestra libertad, elegir el modo de vivir en tiempos apocalípticos. Porque la apocalíptica es un tiempo trascendente; es el mayor reto a la espiritualidad. Lo podemos plantear así: hagamos como si la posibilidad del cataclismo fuera real; y hagamos, a la vez, como si pudiéramos evitarlo.

Está claro que no todos tienen la misma capacidad ni, por lo tanto, la misma responsabilidad para ejecutar obras de salvataje. Estados Unidos y los demás países ricos son proporcionalmente los principales culpables y, a la vez, los mejor preparados para impedir la tragedia. Países pobres o pequeños están muy lejos de incidir con suficiente fuerza. Y qué decir de las personas individualmente consideradas. Sin embargo, cada uno puede ocuparse de su "metro cuadrado". Siempre habrá un vecino, de la casa contigua o de enfrente, que agradezca la responsabilidad compartida sobre un medio ambiente que debimos haber cuidado juntos.

COP21: París 2015

Terminó en París la COP21, la cumbre por el cambio climático. Los jefes de las naciones y los operadores del pacto están exultantes. 195 países han acordado que la temperatura del planeta no aumente más de dos grados centígrados a finales de siglo, pero que, idealmente, no supere los 1,5 grados. Incluso muchos ambientalistas celebran el acontecimiento. El director de Greenpeace Internacional, Kumi Naidoo, ha dicho: "La rueda de la acción gira lentamente, pero en París ha girado. El texto coloca claramente a las industrias fósiles del lado malo de la Historia". La cumbre de París habrá de ser recordada como un triunfo político. ¿Podrán ahora los países cumplir el compromiso? Esperamos que sí. Los aplausos, en todo caso, deben llevárselos, en primer lugar, los ambientalistas y las agrupaciones verdes que por décadas han luchado por los derechos de la Tierra.

Los demás, los que no somos políticos ni ambientalistas de tiempo completo, no podemos cruzarnos de brazos a esperar que las cosas mejoren. El peligro es máximo. Aclarado el objetivo, ahora hay que poner los medios. Todos somos llamados. Lo que se requiere, en primer lugar, es un compromiso personal.

No es la primera vez que la humanidad se encuentra en una situación apocalíptica. En otras ocasiones, los seres humanos tuvieron la sensación de un *acabo mundi*. La peste bubónica, en el siglo XIV, mató a un tercio de la población europea. Recordemos el genocidio de los pueblos originarios de América y Asia.

Nuestro actual apocalipsis, en cambio, es global. Nos ocurre algo parecido a lo que sucedió con los saurios cuando un meteorito se estrelló contra la Tierra. No quedó, según parece, ningún animal grande. Hoy, nuevamente, la vida puede desaparecer. Algunos de los daños son ya irreversibles: especies animales y vegetales desaparecidas

para siempre. Pero si la temperatura media del planeta sube tres, cuatro, cinco grados, ¿qué quedará vivo?

¿Quién tiene la culpa? No todos. Son muchos los inocentes. La mayor responsabilidad recae sobre la civilización que desarrolló una ciencia, una técnica y, sobre todo, una economía imposible de controlar. Los países no han podido contrarrestar un capitalismo basado en la maximización de las ganancias y el egoísmo. En 2015 se cumplió un pronóstico desolador: el 1 % más rico posee el 99 % de los bienes, mientras que el 99 % de la población mundial dispone del 1 %.

¿Se saca algo a estas alturas con reconocernos culpables? Por supuesto, por algo se empieza. Pero no cualquier culpa sirve. La culpa sana proviene del reconocimiento del valor del prójimo y de la Tierra. La situación actual es apocalíptica. La mala apocalíptica llena de miedo y de sentimientos de culpa. La buena apocalíptica, la apocalíptica judía, es un grito de alerta, pero también un grito de esperanza en la posibilidad de salvación del ser humano.

La nueva conciencia y los intentos por revertir la situación socioambiental debieran provenir de un sentimiento de responsabilidad arraigado en una experiencia positiva del mundo. Esta experiencia, más que los cambios acordados en París, tendría que promoverse y facilitarse tanto a grandes como a chicos. Nuestra generación debiera convocar a todas las fuerzas espirituales que aman la Tierra para que nos enseñen, por lo mismo, a amar la Tierra. Necesitamos una mística de amor por el planeta y sus víctimas, una mística que anude ética y estética. ¿No es posible conjugar la cosmología aymara con el cristianismo? ¿El cristianismo con el islam? ¿El islam con el judaísmo? ¿El judaísmo con el budismo? ¿Etcétera? Cualquiera que sea la combinación, nada ayudará más que volver a lo primero: ver con los ojos, oír con los oídos, gustar con la lengua, tocar con las manos y oler con la nariz. Necesitamos sentir para recobrar el sentido. Es imperioso compartir el mundo, nunca más adueñarse de él.

La buena apocalíptica es una apelación a interrumpir con decisión el curso de la historia. El futuro es cuestión de esperanza y de acción, aunque seguirá siendo incierto. A quienes amen la Tierra les quedará al menos el consuelo de haberse sabido amados por ella.

La palabra apocalipsis ha llegado a ser sinónimo de catástrofe. Sin embargo, su primer significado fue "revelación". En la Ciudad de las Luces se ha revelado lo mejor del ser humano como contracara de su empresa depredadora. En París ha lucido la política internacional como hace rato no ocurría. Esperamos que el Apocalipsis de París ilumine interior y personalmente a cada ser humano.

Una encíclica estremecedora

Al papa "franciscano" le faltaba una encíclica sobre la creación. Hasta ahora, para todos ha sido patente su "opción por los pobres". El "pobre de Asís" estará feliz de que el papa Francisco no solo se haga cargo del tema ecológico, sino que, además, lo vincule con el de la pobreza. *Laudato si'* es una encíclica impresionante. Se ocupa del medioambiente con una mirada integral, vinculando estrechamente lo ecológico y lo social, con el objetivo de estremecer las conciencias de una humanidad que se salvará junta o junta acabará en un tarro de basura. El Papa hace un llamado a volver a amar nuestra Tierra, pues su estado es dramático. Lo hace con un lenguaje sencillo, suave en general, pero a veces duro y directo.

La encíclica abunda en describir los males que aquejan a la naturaleza y a las personas que habitan en ella. Estos son innumerables: deterioro del aire y de las aguas, deforestaciones, basura y contaminación en los mares, suciedad, aniquilación de especies vegetales y animales, y miseria humana por doquier. Al mismo tiempo, se evoca en la encíclica la belleza del mundo que hemos heredado y que hemos de dejar como herencia a las futuras generaciones.

El Papa no ahorra palabras para denunciar a los culpables. En términos generales, nuestra cultura consumista hace que prácticamente todos usemos y tiremos las sobras sin la más mínima responsabilidad con la naturaleza o con el prójimo, sea actual o futuro. Pero Francisco dirige los cañones contra los grandes poderes económicos y políticos, y la tecnocracia de que se sirven, para obtener las máximas ganancias con los menores costos posibles. Estos mismos poderes, sean corporaciones o países, son quienes minimizan el peligro del caos ecológico o esperan que, algún día, la ciencia y la economía encuentren una solución que les permita seguir adelante. Es una misma lógica

explotadora la que ha generado tanto el daño ecológico como la pobreza. El Papa cuestiona radicalmente la idea predominante de progreso. Interroga a fondo la cultura moderna, que ha despejado el camino para intervenir en la creación sin escrúpulos, y la cultura posmoderna, individualista y egoísta.

La encíclica ofrece una visión teológica del mundo. Dios creador actúa como principio de unidad y de solidaridad de toda la realidad, del tiempo y del espacio, de lo grande y de lo pequeño, de los ricos y los pobres. Llama la atención como ninguna otra encíclica papal anterior con una visión amplia, integradora y profundamente histórica de la realidad, pero en clave apocalíptica. El futuro no está cerrado. La apocalíptica cristiana se nutre de la "buena noticia" de la resurrección de Cristo, pero también plantea la posibilidad del desastre de la creación y, por lo mismo, urge proféticamente a tomar decisiones en el presente.

¿Qué hacer? La pendiente hacia el desastre requiere de una reacción enérgica. Francisco habla de la necesidad de una "revolución cultural". No tenemos actualmente la cultura suficiente para revertir la situación. Es preciso generarla. El Papa apela a cambiar la mirada, a desarrollar una espiritualidad sensible a la belleza y empática con cada uno de los seres, y a cultivar estilos de vida respetuosos de la naturaleza y del medio ambiente.

Por otra parte, se necesita impactar en las prácticas actuales de consumo y redirigir la economía hacia otro tipo de crecimiento. Una mayor conciencia, reflejada en pequeños cambios de vida, puede, en la medida en que vaya cuajando en una educación más responsable con todo lo existente, incidir en la reorientación de la economía. La política, sobre todo si es posible fortalecer alguna forma de gobierno internacional que pueda implementar soluciones globales, tendría que dominar la libre acción del dinero. La encíclica no ha gustado a todos. Algunos querrán que se la olvide pronto.

Laudato si' es un llamado a una fraternidad cósmica. Proclama que todos los seres de la creación tenemos por vocación ser hermanos,

considerarnos parte de un todo, y, en el caso de la humanidad, hacernos responsables unos de otros, de los ecosistemas y del planeta. El Papa recuerda que el principio clave de la enseñanza social de la Iglesia es el "destino común de todos los bienes". La propiedad privada es, a este efecto, un medio. En esta perspectiva ecológica, la propiedad privada ha de ser relativizada. La Tierra nos pertenece a todos.

Este llamado, en el actual estado de cosas, es subversivo. Así como siempre es posible gozar con poco, la subversión de la cultura consumista y explotadora de la naturaleza y de los pobres ocurrirá con pequeñas conversiones de corazones. Pero se necesitan muchos nuevos corazones.

La cruzada medioambiental del Papa

En febrero, Jair Bolsonaro y el papa Francisco, dos pesos pesados, probaron los guantes. Francisco habló de "nuestra Amazonía". Bolsonaro sostuvo que la Amazonía es de Brasil. Estas posturas se expresaron con motivo de la publicación de la exhortación apostólica *Querida Amazonía*. En esta, el Papa continúa su cruzada, comenzada con *Laudato si'* (2015), contra los causantes del desastre ecológico mundial en curso.

Está claro que este Papa no es del gusto de quienes, llevados por la codicia, devastan el planeta. Francisco combate un tipo de desarrollo económico basado en la maximización de las ganancias y en mercados políticamente desregulados. El modelo actual de desarrollo que rige en el mundo, piensa el papa Bergoglio, "no puede considerarse desarrollo" (*Laudato si'*, 94). Lo que gatilla la redacción de *Querida Amazonía* es, según el mismo Francisco, que "los intereses colonizadores que expandieron y expanden —legal e ilegalmente— la extracción de madera y la minería, y que han ido expulsando y acorralando a los pueblos indígenas, ribereños y afrodescendientes, provocan un clamor que grita al cielo" (*Querida Amazonía*, 9). ¿No es este, acaso, el problema que también los chilenos enfrentamos en La Araucanía?

En esta exhortación apostólica, Francisco profundiza en la idea de que la degradación medioambiental y la degradación humana van juntas, y que esta golpea primero y más fuerte a los pobres. Anteriormente, en *Laudato si'*, el Papa había denunciado que "los poderes económicos continúan justificando el actual sistema mundial, donde priman una especulación y una búsqueda de la renta financiera que tienden a ignorar todo contexto y los efectos sobre la dignidad humana y el medio ambiente" (*Laudato si'*, 56).

La visión del Papa es teológica. El planeta, y la Amazonía en particular, no pueden considerarse "un bien sin dueño" (*Laudato si'*, 89). Dios es el creador de un mundo constituido por un tejido de relaciones en el cual todo está interconectado. Esta tesis teológica sustenta "el principio de la subordinación de la propiedad privada al destino universal de los bienes". El "derecho universal" de uso de los bienes de la Tierra es "una 'regla de oro' del comportamiento social y el 'primer principio de todo el ordenamiento ético-social'" (*Laudato si'*, 93). Dado que el planeta Tierra pertenece a Dios, debe ser compartido por todas sus criaturas: animales y humanas, vegetales y minerales.

Querida Amazonía es un documento pastoral que pretende orientar una evangelización. Esta exige valorar positivamente a los pueblos indígenas, quienes históricamente han sido considerados incivilizados y paganos, y, en consecuencia, tanto un estorbo para las explotaciones económicas como objeto de conversiones religiosas impuestas. Ahora, en cambio, la pastoral de la Iglesia debiera tener presente que los habitantes de esta región han de ser, ellos mismos, los protagonistas de su liberación social y de su manera de vivir la fe. La evangelización que los últimos papas han impulsado en América Latina lleva por nombre inculturación del Evangelio. El Evangelio es tal cuando se lo vive en los registros sociales y culturales propios de los distintos pueblos.

El otro asunto pastoral concernido en el documento atañe a los ministros que deben realizar esta evangelización. En este sentido, la petición del Sínodo de obispos que precedió a la exhortación papal había despertado muchas expectativas, especialmente en torno a la posibilidad de conceder la ordenación sacerdotal a los viri probati, es decir, varones casados de probada idoneidad para la conducción de sus comunidades cristianas. Actualmente, el 70 % de estas comunidades no celebra la Eucaristía por carecer de sacerdotes.

Sin embargo, Francisco evitó esta solicitud del Sínodo, a pesar de que había recibido una altísima votación. Algunos piensan que el Papa no cerró esta puerta, como tampoco lo hizo en Amoris laetitia respecto

a la comunión de los divorciados vueltos a casar. Pero, si los obispos no han comunicado a los fieles el estado de este asunto, tal vez tampoco los obispos de Brasil se atreverán a ordenar sacerdotes a los viri probati. Los sectores católicos conservadores siguen siendo muy poderosos.

En todo caso, aun cuando en este punto no haya avances, merece destacarse que, con *Querida Amazonía*, y antes con *Laudato si'*, el Papa no cede en su combate contra los grandes peligros de la humanidad en esta hora ecocida y genocida de la historia.

Las universidades cristianas en el ocaso de la modernidad

Las grandes revoluciones científicas —como mostró Kuhn— no consisten en meros ajustes metodológicos. Son cambios de paradigma. El paradigma anterior resiste, porque no entiende el nuevo y porque tampoco quiere entenderlo. En él se juegan intereses, hábitos mentales y formas de poder. Cuando finalmente es desplazado, no lo es sin conflicto ni sin condenas, al menos de orden epistémico e institucional.

Algo semejante ocurre hoy con las universidades cristianas. Es evidente que son creación de una civilización que colapsa y no pueden ya sino revisar por completo su razón de ser histórica.

La universidad nació del corazón de la Iglesia (*Ex corde Ecclesiae*). Mientras la cultura fue cristiana, la teología fue la reina de las ciencias. En la universidad moderna, en cambio, quedó relegada: se ocupa de un área que a las demás disciplinas les resulta indiferente o, en el mejor de los casos, participa en diálogos interdisciplinarios sin que la realidad de Dios incida en la metodología de los otros saberes. Las ciencias no necesitan de Dios para hacer su trabajo. Tampoco requieren de la escatología cristiana ni de ninguna religión como principio articulador u orientador del conocimiento. El único principio que hoy se aproxima a esa función es el capitalismo ateo, refractario al cristianismo y prácticamente imbatible.

Sin embargo, en la misma medida en que la civilización occidental capitalista de exportación es reconocida como una de las causas principales de la crisis ecológica, social y medioambiental, se vuelve patente que la humanidad no tiene más salida que inventar otra civilización. No sabemos si lo hará. Pero la necesidad está planteada.

El cristianismo dispone de elementos para introducir un cambio de ciento ochenta grados. Dicho en términos teológicos simples: hasta

aquí el cristianismo "moderno" ha funcionado como si lo fundamental fuera "amar a Dios". Hoy se abre la posibilidad de radicar este amor —por cierto irrenunciable— en el amor de Dios por su creación. Amor "a" Dios y amor "de" Dios no se oponen. El amor "a" Dios media el amor "de" Dios. Sin este, empero, desemboca en la ilusión contemporánea de autoconstitución de un sujeto que cree merecerse el planeta tanto como a sí mismo.

Lo que el cristianismo moderno ha olvidado es que su colaboración con la modernidad en favor de la humanización y de las liberaciones intrahistóricas tiene un fin trascendente: la realización de la creación. Este olvido ha favorecido una suerte de pelagianismo práctico, el intento de ganarse el amor de Dios por el propio esfuerzo, esfuerzo que fácilmente se solapa con la voracidad por dominar la Tierra. La crisis ecológica es un mentís radical a esta pretensión.

En la Antigüedad, eremitas y monjes contestaron su época con estilos de vida no mundanos. Hoy proliferan formas alternativas de cristianismo, incluso contraculturales, perfectamente legítimas. Pero ninguna universidad que se precie puede ser "hippie". Su tarea es otra. Hoy debe tomarse en serio un *fin del mundo*, un *acabo mundi*, y redefinir su misión como *amor mundi*.

La misión futura de la universidad cristiana será generar un tipo de ciencia y de técnica que hagan posible que nuestra civilización ame la creación con el mismo amor con que Dios la ama. Este es el asunto central. Y si a alguien le parece desmedido, conviene recordar una paradoja incómoda: una universidad cristiana puede, de hecho, ser atea.

Para que el amor humano por el mundo se enraíce en el amor de Dios por su creación, la universidad cristiana no puede limitarse a declaraciones programáticas. Debe apoyarse en experiencias reales. La experiencia de un Dios que ama gratuitamente tendría que convertirse en el principio epistémico de su quehacer. Los cursos de teología que las universidades exigen a sus estudiantes nutren sus almas, son indispensables, preparan el giro, pero, en lo inmediato, acompañan en

paralelo, y sin la menor conciencia, del desafío universitario más importante. ¿Cómo pudiera la experiencia cristiana convertirse en la fuente de un conocimiento científico y técnico que lleve a la creación y a la humanidad a su máxima realización? Este es el desafío mayor.

Desde hace décadas se investiga la posibilidad de la fusión nuclear como fuente de energía limpia y abundante, aún no lograda de manera viable. Hasta ahora la humanidad ha dependido de formas de energía marcadas por la extracción, la ruptura y el desgaste. Algo semejante ocurre con las universidades cristianas. No sabemos todavía cómo hacer para que medien efectivamente el amor de Dios por la humanidad y por la creación. Pero reconocer este fracaso no debiera desanimar los ensayos. Cuando un paradigma se agota, la hipótesis de otro es una necesidad.

CAPÍTULO II

Campanazo pandémico

Sin dolor, no seremos diferentes

Un grupo de terapeutas, psicólogos y psiquiatras, con la ayuda de los Radiodifusores de Chile (ARCHI), nos invitan a celebrar el "Día de la condolencia y el adiós" el 5 de septiembre a las 21:00. ¿Motivo? La pandemia ha dejado un reguero de más de 40.000 muertos que merecen un recuerdo y una despedida. El lema que moviliza la actividad es "Que el dolor no sea indiferente". Me sumé. Grabé mi testimonio sobre Josse van der Rest, muerto de Covid el 24 de julio de 2020, gran amigo. Todavía es posible entrar al portal y participar con una grabación de 30 segundos.

Me permito, además, dar a esta iniciativa otra vuelta de tuerca. Si me dejaran añadir un verso a aquella canción, sería este: "sin dolor, no seremos diferentes". Pues creo y espero que, tras la crisis política y sanitaria, pueda el país llegar a ser diferente, a diferenciarse de su pasado, a refundarse sobre los fundamentos de la mejor de las tradiciones. Esta consiste en hacer del dolor el dispositivo de conocimiento que el pueblo de Chile necesita para avizorar juntos un futuro de mayor integración.

Hablamos del dolor de miles de familiares y amigos nuestros, del nuestro propio, que no nos deja dormir en paz. No pudimos despedir a nuestra gente. Tampoco pudieron ellas, ellos, decirnos unas últimas palabras de amor o de perdón. Nos los arrebataron para salvarlos. Las personas de la salud hicieron todo lo que pudieron, pero no pudieron. Se apagó la luz. Quedamos terriblemente solos. Fue como si nos hubieran arrancado un brazo de cuajo. Pero si "el domingo pasado habíamos almorzado juntos, copuchamos, nos reímos hasta la hora de la siesta". Fue como un zarpazo. No hemos parado de llorar.

La convocatoria de los terapeutas y de la prensa es un acto de condolencia. Nos llaman a dolernos con el dolor de personas cercanas

y lejanas. Pues el vecino, el tío, la prima se hunde de pena. El amor político, colectivo, nacional, expresado en memoriales como el de Vietnam en Washington, el del Museo de la Memoria acá en Chile, honra a los muertos que los países aman. Es preciso recordarlos, somatizar sus sufrimientos para comprender que la humanidad es una trama ceñida cuyo principal enemigo es el egoísmo.

El dolor cumple una función epistémica. Sin dolor por los otros, los otros nos serán siempre desconocidos y amenazantes. Nos penarán como las ánimas que reclaman sin cesar descansar en nuestro corazón. Más de 40.000 fallecidos nos obligan a parar para avanzar.

El dolor nos hace diferentes. Es lo que urge: distinguirnos, para unirnos. Hay que reconocer que cada uno cuenta, que es original e insustituible, para igualarnos en dignidad. Es la igualdad que hoy necesitamos conseguir, pues nadie merece ser un muerto más.

Los otros como peligro

Los otros siempre han sido un peligro. Pero hay peligros buenos y peligros malos. "Huele a peligro", canta Myriam Hernández. No sé en qué sentido lo dice. No me acuerdo del resto de la canción, pero la expresión pone los pelos de punta.

Me imagino dos cosas. Una, que alguien se comienza a enamorar de una persona que tiene ya un compromiso definitivo. En este caso, se trata de un riesgo que es aconsejable evitar. La otra, que alguien se enamora de una persona libre, sin un vínculo de por vida con nadie. Es un peligro distinto, en este caso el que nos entre en la vida otro, otra, alguien que nos desordene el corazón, la cabeza. Si es así, el riesgo hay que correrlo. ¿Siempre? Habrá que verlo. Pero es claro que de eso depende una de las felicidades.

Vivimos una situación muy peligrosa. No es algo completamente nuevo. El otro, la persona que tenemos delante, nos resulta amenazante. Incluso gente muy querida puede contagiarnos el COVID-19, la enfermedad y la muerte. Un amigo, una hija, un empleado, la jefa… el peligro es mortal. No es extraño que unos seres humanos puedan acabar con sus semejantes, recordemos las guerras y los genocidios, pero se nos había olvidado la lepra, otras epidemias y pandemias, experiencias tremendas en que el "prójimo" nos amedrentó, aterrorizó y llegamos, incluso, a considerarlo nuestro enemigo.

Tenemos miedo. Evidentemente hemos de evitar los contagios, por los otros más que por nosotros, diría un cristiano. Héroes, heroínas se acercan al martirio. Es mucho lo que debemos a ese ejército de personal de la salud, funcionarios públicos, repartidores en bicicleta y tanta gente que ayuda a conjurar la amenaza del virus.

Tienen mucho más miedo, por cierto, las personas mayores. A algunas las atemoriza morir. Obvio. A otras, que las puedan encerrar de por vida, que ni siquiera las dejen despedirse de sus nietos. Tienen, tenemos miedo y pena.

Con todo, estimo que la situación que padecemos no es el peligro mayor. El peor de los enemigos consiste en encerrarnos en nosotros mismos, impidiendo entrar a nadie, pensando que adentro nuestro podemos escapar de los demás. Esta, en realidad, es una trampa. El ego, sin los demás, termina por devorarse a sí mismo. Hace daño a los otros por acción u omisión y, tarde o temprano, se arruga y huye incluso de su sombra. El ego desarrolla estrategias para librarse de aquellos que cree que le pueden perjudicar. "Cuídate", dice a sus semejantes. Pero esta bella expresión puede expresar amor y, a la vez, todo lo contrario. En ella también asoma un "hazte cargo de ti mismo": yo, ego, no quiero que me toques. "No me toques". Al ego no le gusta el tacto, no se contacta con los demás, porque le pueden pedir plata, tampoco se contacta consigo mismo, porque puede descubrir precisamente que es egoísta.

"Huele a peligro". Este olor marea, nos aturde. A pesar de todo no estábamos tan mal. Pero se nubló el cielo y arrecia un temporal de bichos, alertas y recomendaciones que nos hacen esquivar las manillas y las miradas.

Pero atención: si se trata de poner las cosas en orden, el más penoso de los peligros no es que los demás nos toquen, que los toquemos, sino irse a la tumba intactos. ¿Se entiende? Nada habrá más triste que volver a levantar el mundo segregado en que hemos vivido, clasista e injusto. Por el contrario, una época mejor puede advenir. ¿Por qué no?

Dependerá de nuestras generaciones abrirnos a los prójimos, a su originalidad, a su encanto y a sus depresiones, a sus historias recordadas y por recordar, y dejar que nos incomoden y nos mejoren. El nombre de una nueva época podría ser "generosidad". Esta es la vocación del

género humano. El peligro que nos aterra no debiera tragarse a la humanidad. Todo depende de qué se entienda por peligro.

Amor mundi vs. *acabo mundi*

En algún momento más de alguien ha delirado con la idea de un *acabo mundi*, es decir, imaginar que se acaba el mundo, que todo termina. Si hasta los animales pudieran contagiarse con el covid-19, ¿qué futuro queda a la humanidad?

Pero no es necesario ir muy lejos para enterarnos del significado de esta antigua expresión latina. Un *acabo mundi* ha habido muchas veces en la historia de la humanidad, y sigue habiéndolos. Apenas transcurridos cincuenta años de la Conquista de América –a causa de las pestes, la esclavitud y las matanzas de los nativos– murió el 95% de la población de la zona caribeña. Los que quedaron supieron qué era que su mundo se desintegrara.

En nuestra zona sudamericana, los chilenos avanzaron hasta Tierra del Fuego. La empresa colonizadora extinguió los pueblos Selk'nam, Yagán y Kawésqar. La misma República inició una Pacificación de la Araucanía con sables, mapas, reglas y escuadras para tasar el territorio. De los 5,5 millones de hectáreas mapuche dejó 0,5 a sus propietarios, los que fueron arrinconados en "reducciones" con las peores tierras. Muchas veces la misión cristiana trató a sus habitantes como paganos. El Estado, por medio de la escuela pública, prácticamente acabó con el mapudungún y avergonzó a los niños de haberlo aprendido. El gobierno del general Pinochet, por su parte, allanó el camino para que la oligarquía chilena nuevamente se apropiara de las tierras que quedaban. Dictó la ley que convirtió las comunidades en propiedades privadas. La República de Chile y la oligarquía empresarial han sido genocidas. Nadie diga que nuestros aborígenes no han vivido un *acabo mundi*.

¿Y hoy? No está mal dejarse llevar un rato por el miedo. Imaginemos lo peor. ¿Qué hacer para impedirlo? Dos son las posibilidades: una *fuga mundi* o un *amor mundi*.

El recurso a la *fuga mundi*, huir del mundo, es antiguo. Lo han conocido los griegos, los anacoretas cristianos y las sectas apocalípticas. Se dan formas curiosas de arrancar del mundo. La comuna de Lo Barnechea, en los años de la Dictadura, se deshizo de un campamento completo. Manu militari, fue a botar a sus pobladores a Cerro Navia. La *fuga mundi* es instintiva. Se da en la actualidad en todos nosotros cuando estamos más preocupados de evitar el contagio de los demás que contagiarlos nosotros a ellos. La *fuga mundi* consiste en salvar el cuerpo, el alma, la clase, la cultura, la religión, las posesiones a costa de los demás o dándonos lo mismo su suerte. A este efecto, la *fuga mundi* opera a veces demonizando al resto. Pues, si los otros son distintos de nosotros, si la humanidad y la bendición del cielo son nuestras, ellos, los desechables, pueden ser explotados u olvidados sin problema.

La alternativa a la *fuga mundi* es el *amor mundi*: el amor a un mundo que debiera ser nuestro, que pudiera llegar a ser nuestro porque no lo es y que lo será si se dan las batallas necesarias para integrar a los demás con sus diferencias. Las actuales circunstancias son un momento privilegiado para adentrarse cada uno en su propio corazón. ¿Cómo y para quiénes hemos vivido? Supongamos que para los nuestros. Pero, ¿a costa de quiénes? ¿Cuánto le hemos costado al planeta? Recluidos en nuestras casas –los que pueden hacerlo, no así los reponedores, las cajeras, los empleados farmacéuticos, los choferes, las doctoras y los enfermeros, los servidores públicos, tantos, comenzando por los basureros, y muchas otras personas que trabajan para nosotros– podemos hacer cuentas con la historia.

Nos contagiamos el coronavirus. Pero, para defendernos, hemos de dar la pelea juntos. Se trata de un terrible enemigo. Pero, si actuamos como hermanos, si somos disciplinados en cuidarnos, lo derrotaremos y triunfaremos también sobre la catástrofe económica impajaritable.

Todas las prácticas de amor por un mundo que todavía no compartimos como debiéramos anticipan el fin de calamidades morales. Si actuamos como si el peor enemigo no fuera el virus sino nosotros mismos, si nuestro *amor mundi* fuera la locomotora de nuestra vida personal y colectiva, las enfermedades serían menos tristes. Porque el virus es un bicho más, y alguna buena función cumplirá en la compleja red de relaciones entre los seres vivos y los inertes, pero la más temible de las pestes es la del egoísmo y la codicia.

¡Quién sabe! Tal vez de octubre de 2019 a octubre de 2020 hayamos terminado de aprender lo único realmente importante. ¿Qué? Aquello que aún no existe, pero que solo con amor podemos y debemos inventar. Porque sin *amor mundi* se nos hará muy cuesta arriba cuidar el agua y derrotar la sequía con obras públicas de gran envergadura, cumplir con los compromisos sociales, económicos y políticos adquiridos recientemente y, por último, superar esta tristísima pandemia.

Suelten a los viejos

Presumimos que la decisión de la autoridad de decretar cuarentena para los mayores de 75 es razonable. La situación es catastrófica. Los mayores de edad tienen más posibilidades de contagiarse el virus.

Pero, ¿anima al decreto el deseo de cuidar a los viejos? Si este es el caso, no termino de ver por qué la prohibición. Solo la entiendo si se trata de evitar un aumento de las demandas de auxilio, habiendo pocos medios médicos de cuidado y de cura. Las camas, los respiradores y, sobre todo, el personal de la salud en peligro de contagiarse y morir por atender a los enfermos son limitados.

Aun así, pido que se considere lo siguiente. Es triste llegar a viejos. Es verdad que las situaciones pueden ser muy distintas. Hay mayores felices. Los que no lo son, además de acarrear con los errores de la vida propios y ajenos, a menudo viven afligidos por la soledad, por la pobreza, por la ignorancia progresiva en la sociedad de los conocimientos y, en algunos casos, por la vergüenza de los pañales y demases. Hoy, cuando la vida se alarga fácilmente a los noventa y los cien, sus condiciones después de los setenta son muy distintas a las de épocas anteriores.

Las actuales circunstancias han agravado el penar de los viejos. Más de alguno se habrá preguntado si volverá algún día a ver el mar. ¿A irse de paseo al campo? ¿A alguno de los cajones cordilleranos? No sería raro que una abuela mantenga la ilusión de un nuevo romance. ¿Por qué no? Pero, ¿por Zoom? ¿Qué panorama puede ser para los abuelos pasar el resto de la vida jugando canasta? Siendo que, por otra parte, una de las recomendaciones médicas más importantes es que hagan ejercicio, suelten las piernas, se cansen un poco.

El momento actual es aún más exasperante para los adultos que, superando los setenta y cinco, están en óptimas condiciones físicas e

intelectuales, algunos como no lo habían estado nunca, para trabajar y trasmitir a los demás una experiencia invaluable. Una persona que lamentablemente ha tenido que trabajar desde los doce años con una pala y cargando sacos, a los sesenta suele estar destruida. Pero los que no, los que han tenido la dicha de llegar rozagantes a los ochenta, deben estar airados contra la medida del gobierno. Aún ellos tienen mucho que aportar, y de qué gozar. Aunque no fuera así, creen tener un derecho, si no legal, moral, a decidir qué riesgos quieren correr. ¿Que se van a morir? Claro que lo saben. Todos tenemos los años, los meses, los días, las horas y los minutos contados.

La prohibición comentada no se justifica como protección de los viejos. Es verdad que a ancianos con demencia senil es necesario impedirles algunos movimientos, cerrarles la puerta con candado para que no se arranquen de la casa, etc. A otros urge quitarles las llaves del auto. Pero para esto están sus familiares o las auxiliares del hogar. La sobreprotección para los demás casos, en realidad, para todos los casos, agobia, hace sufrir inútilmente.

Por cierto, hay mayores que igual salen. Algunos, suponemos, se escapan. Dan una vuelta a la manzana, se fuman un pucho al aire libre, vuelven. Otros necesitan salir por cuestión de sobrevivencia. A cada rato la televisión entrevista a personas mayores que van a comprar verduras a la feria, a comprar un remedio, a buscar una canasta a la capilla o para colaborar en la cocina de la olla común. ¿Algún inspector municipal se atrevería a multar a estos viejos que infringen la ley? Sería absurdo.

En suma, no sé exactamente qué debiera estar prohibido por ley. Solo pido que suelten a los viejos apenas se pueda hacerlo.

La vida tras la pandemia

La palabra "tras" significa después de, más allá de, una superación de lo que hubo antes, un salto. Ella favorece varias combinaciones. Una de estas es tras-cender. Otra, trans-mitir. Hagamos jugar ambas palabras. El juego consiste en responder esta pregunta: ¿habrá algo "trascendente" después de la pandemia que merezca ser "transmitido" a las siguientes generaciones? ¿Algo importante que haya de ser aprendido para luego ser enseñado?

Supuesto que llegará el momento en que nos sacaremos las mascarillas, ¿diciembre o julio?, proyectemos un balance. A unos bastará celebrar la vuelta a la normalidad. Otros, en cambio, habrán podido caer en la cuenta de que somos seres sociales, que ha sido importante recuperar el sentido colectivo de la vida, que es necesario obedecer a las autoridades, que la política debe velar por el bien común y el Estado proteger y promover a los ciudadanos. Pienso que todo esto será verdaderamente relevante porque significará enmendar el rumbo equivocado del individualismo.

Un "tras la pandemia" puede significar cosas opuestas. Bajo un respecto, será volver a lo antiguo. Bajo otro, descubrir lo nuevo, inventarlo. Para descubrir algo, eso sí, se tendrá que hacer una experiencia nada de fácil. Se ha de ir al fondo y encontrar en sí mismo la manera de sobreponerse a esta tragedia. El asunto no consistirá en que la pandemia "pase", sino que "nos pase". Es decir que nos duela en el estómago, que nos haga dejar ordenaditos los papeles de la herencia que dejaremos a la familia y pensar en cómo nos gustaría que fuera nuestro funeral. La pandemia, en fin, esta posibilidad cierta de la muerte propia o cercana, obliga a revisar el sentido de la vida.

¿Es la vida trascendente? ¿Qué es trascendente de la vida? Si alguien dice que ni esto ni aquello le importa porque, por ejemplo, perdió gente

muy querida o volvió a la miseria, esa persona merece máximo respeto. Sería una brutalidad imponerle una determinada razón para vivir. Pero otras personas, en la actual catástrofe, habrán podido apostar a algo que la muerte no puede devorar o, dicho en términos menos rotundos, apostar a que hay ideas, costumbres, recuerdos, mártires o figuras que guían para siempre. El caso es que este par de años de tormentos varios pueden ser ocasión para ellas y nosotros de revisar qué necesitamos, y qué no, qué ajustes hacer y por qué, para dar una orientación definitiva, decisiva, a tantos esfuerzos.

Conjuguemos lo trascendente con su transmisión. ¿Qué ha de ser transmitido como trascendente tras la pandemia? Mi opinión es que el día de mañana nos moriremos igual, pero habrá tenido un valor eterno haber creado juntos un mundo más amigo, uno en que la vida haya llegado a ser mejor porque se ha tratado de salvar vidas, vidas de todo tipo, como si cada una de estas valiera más de lo que parece.

Por lo mismo, creo que los padres darán un mal ejemplo si hacen pucheros por el virus, si a cada rato miran el calendario o se alistan para abuchear al gobierno su próximo yerro. Estos comportamientos son intrascendentes. Son comprensibles, pero no educan. Nacemos llorando, el asunto es morir sonriendo o al menos serenos, con dignidad, sin desmoronarse. Así sí que se enseña.

No sabemos qué pasará tras la pandemia. ¿La dejaremos atrás? Supongámoslo. El asunto de veras novedoso es qué tipo de triunfo hagamos sobre ella. La vacuna acabará con el COVID-19, pero no con la insolidaridad de los seres humanos. Las ollas comunes sí lo harán. El amor que el personal médico ha puesto en curar a los enfermos, también lo hará. La atención de los padres, madres, apoderados y maestros para enseñar a los niños que la humanidad tiene un valor imperecedero, lo mismo. Estos son los aprendizajes colectivos que el país tendría que somatizar a modo de enseñanzas que de veras nos mejorarán.

El cristianismo busca su adjetivo

Busco un adjetivo para el sustantivo "cristianismo". De tantos cristianismos posibles, a lo largo de dos mil años, ¿qué es hoy el cristianismo?

Este, además de ser una religión, es una razón de ser de la humanidad entre otras muchas posibles. Es una que tiene la pretensión de articular fe y razón. No es mera fe. Es fe en un Dios que obliga a la razón a operar como amor por el ser humano.

A los cristianos en todas las épocas les es imperioso dar a entender con palabras y con obras qué entienden por cristianismo, a riesgo de traicionar precisamente su razón de ser. ¿Cuál es el adjetivo que pudiera hacerlo comprensible en tiempos de una pandemia que hace imaginar nada menos que en el término de la especie?

Hoy se ensaya un cristianismo virtual. ¿Es este un buen adjetivo? Los contactos están vedados. No podemos contagiarnos. En su defecto, los cristianos se contactan mediante misas y oraciones virtuales. Pero mientras no puedan tocarse, hablar cara a cara y comulgar con una hostia verdadera, estos encuentros en alguna medida carecen de la participación que el Concilio Vaticano II quiso que tuviera la liturgia.

Esto mismo da pie para hablar de un cristianismo pendiente. Mientras el cristianismo sea solo virtual, algo fundamental faltará. La eucaristía está incompleta mientras haya hambre en el mundo. Pues allí está el personal de la salud que da de comer a los enfermos en la boca, a sabiendas de que un estornudo puede llevarles a la tumba. Es comprensible que en los servicios públicos haya cristianos que no quieran arriesgarse. Tendrán buenas razones para excusarse. El cristianismo es cosa de testigos y no necesariamente de mártires, pero quienes ofrecen su vida para alimentar y cuidar a los demás, crean o no

en Dios, les indican a los cristianos, y no solo a los cristianos, por dónde seguir. Pendiente es un buen adjetivo, pero insuficiente.

Los cristianos mártires recuerdan, a su vez, un cristianismo catacúmbico. En su tiempo hubo algunos que escapaban de las persecuciones del Imperio romano escondiéndose en las catacumbas. Es obvio que los cristianos, al igual que los ateos y los agnósticos, están hoy fondeados por temor a enfermarse y por no enfermar a los demás. Se los manda la ley y se lo piden sus autoridades religiosas. Se someten a lo mandado. Es lo que hay que hacer y solo una verdadera emergencia puede autorizar su incumplimiento.

Pues bien, por esta misma razón esta norma no siempre se cumple. También se da un cristianismo a escondidas. En los sectores pobres hay personas y comunidades que ofrecen comida a gente con hambre, reparten canastas, compran balones de gas a los abuelos, se las rebuscan para llevar remedios a los enfermos. Estos cristianos corren el riesgo de que les pasen una multa. Es decir, el adjetivo "catacúmbico" tampoco sirve del todo. Abre la puerta a la posibilidad de no cumplir mandatos pero, una vez abierta, puede olvidar cerrarla.

En cuanto transgresivo, este cristianismo es también viril. Se atreve a desoír una norma con tal de ser fiel a la justicia y a la caridad. Pero viril, sabemos, es una palabra ambigua. Mejor dejarla de lado porque suma en favor del catolicismo eclesiástico que pone a las mujeres a jugar en segunda división. Viril proviene del latín vir que significa varón, y que se asocia con una raíz indoeuropea, *wiro, que denomina a un hombre fuerte. Conviene prescindir de este adjetivo porque el cristianismo recién descrito tiene que ver con las enfermeras y las auxiliares, mujeres que hacen lo que hacen por amor y no solo porque se trata de su trabajo.

El ícono del cristianismo en la actualidad son estas mujeres y otras más, católicas, evangélicas, creyentes o no creyentes que, con trabajo o cesantes, han parado una olla común y, con máscaras y guantes, hacen turnos para cocinar, todo para devolver la mano a quien alguna vez

hizo otro tanto por ellas. Devuelven la mano a alguien de quien quizás nunca sabrán su nombre.

El cristianismo no tiene adjetivo. No tiene nombre ni apellidos. Se llama como se llaman las personas que hacen que la humanidad ame a la humanidad.

La última posibilidad del cristianismo

El cristianismo no se ha ido. Más de un millón y medio de personas peregrinó a Lo Vásquez, en Chile. El número de fieles aumentó. Pero ¿podrán los cristianos preñar con Cristo la cultura adveniente? Teóricamente, sí. Sociológicamente, nadie lo sabe.

El cristianismo moderno es producto de un diálogo e interacción con los mejores valores de la cultura predominante de los últimos doscientos años. La fe en la Encarnación del Hijo de Dios ha traducido la salvación en procesos de humanización y liberación. El Cristo "moderno" ha reivindicado a seres humanos oprimidos. Cuando no lo ha hecho, cuando ha sido incluso una tranca para estos procesos, es que se ha alejado de su misión evangelizadora. Es verdad que no siempre los cristianos en la modernidad han sido simplemente reaccionarios. También ha habido, por otra parte, algunos que han resistido proféticamente secularizaciones deshumanizantes. Es preocupante, en todo caso, que el cristianismo moderno, al igual que la misma modernidad, haya topado techo y, si no se convierte, seguirá aupando la cultura que hace inhabitable el planeta.

Dicho en titulares: la ciencia y la técnica modernas que destruyen la Tierra no dan para más; el cristianismo antropocénico, tampoco.

Pero la fe judeocristiana tiene recursos infinitos para verificar la salvación con otros modos de habitar el planeta. Se abre la posibilidad de un giro impresionante en la historia del cristianismo: si recupera la conciencia de deberse el mundo a un Creador y, por tanto, de tener los cristianos que glorificarlo con el cuidado de su creación, podrá triunfar sobre la tentación moderna de hacerles creer que se merecen la Tierra. El cristianismo tolerante con el capitalismo, para qué decir, hace todo lo contrario: no se sorprende del don de nuestra madre Tierra; olvidó que el planeta ha de ser compartido con amor entre todas las creaturas.

El Creador estableció una co-pertenencia entre los animales y las plantas, entre el agua y el sol, entre la química, la física y el tiempo. La humanidad hoy despierta a esta realidad, sale de una clase de ateísmo materialista. Los cristianos se desperezan.

La Navidad, si es ocasión de celebrar al Creador que se nos da terrenal, corporal, temporal y gratuitamente en Jesús, prepara un giro civilizatorio mayor. Nuevos cristianos, si llega a haberlos, podrán, como lo hicieron en la Antigüedad, abrir un futuro en vez de cerrarlo o subirse al carro de la victoria, llegando tarde con su contribución y bendiciendo logros ajenos.

Nadie sabe qué pasará. Pero nuestra civilización tiene una pistola al pecho: está obligada a poner al ser humano en el lugar que le corresponde en el cosmos al que pertenece y del que nunca debió emanciparse. El cristianismo tiene su hora. Si aún puede hablar de la eternidad, que no sea para alienarnos del mundo o para despejar el terreno a la explotación del planeta como si este fuera una mera cantera. Es triste constatar que las personas de nuestro tiempo creen que el cariño de la madre Tierra hay que merecérselo. Compiten por ella y se la quitan unos a otros.

¿Tiene futuro el cristianismo? Tal vez se encienda nuevamente. Los cristianos, a este efecto, han de generar una forma de ser humanos que se tome muy en serio la sorpresa de la vida, que sean conscientes de coexistir entre los demás seres vivos e inertes; que lleguen a saberse amados por la Tierra antes de amarla ellos a ella interesadamente.

"Gloria a Dios en la Tierra y paz a los hombres de buena voluntad". Paz a los hombres y demás creaturas que no quieren más guerra. En vez de apurarse a quitarse el globo terráqueo, armonía cósmica por los siglos de los siglos.

CAPÍTULO III

Radicalidad

Retorno a las cavernas

La pandemia ha terminado por hacer entrever la posibilidad de una regresión a lo fundamental. Es cosa de pensar en la gente que ha vuelto a la pobreza, al pan y un poco más. Esta involución, penosa, por una parte, puede ser también ocasión para progresar en humanidad. El *acabo mundi* que asoma a veces en el horizonte por la actual catástrofe y otras posibles puede ser conjurado por un *amor mundi*, a saber, por una nueva versión de amor de la humanidad consigo misma y con los demás seres.

En la pandemia se han evidenciado más claramente tendencias que hace rato predominan en el mundo actual. Menciono dos. Una tendencia, a la luz de esta frenada brutal de la actividad ordinaria, es la de la aceleración general de la vida. Nos hemos dado cuenta de que vivíamos apurados. Pero, apenas cedan los confinamientos, volveremos a la carrera por no quedarnos atrás, por ganarle a otros, a competidores. La competencia económica internacional y local apremia todos los ámbitos, los de la industria de la guerra, de la producción científica y de las relaciones humanas. Necesitamos velocidad, necesitaremos todavía más. Con Internet 5G venceremos a muchos. Pero la técnica, que por una parte nos permite ganarle horas, minutos, segundos a los demás, se muerde la cola. Es un medio transformado en un fin. Ayudará a correr más rápido, pero a costa de todo lo demás; al precio de ir solos a ninguna parte.

Otra tendencia: la misma técnica, que tanto nos ha ayudado a conocer los códigos secretos del universo material, psíquico y social, nos hace progresivamente más incultos.

Aparentemente estamos en la sociedad del conocimiento. En realidad, somos cada vez más ignorantes. En la misma medida que aumentan los conocimientos, lo hace nuestra ignorancia. Ahora ya no sabemos controlar una infinidad de fenómenos originados por una

multiplicidad de causas. Ya ningún experto tiene una palabra irrebatible ni siquiera en su área de conocimientos. Hemos entrado en una época desconocida. Habremos de avanzar a tientas, orientándonos unos a otros, con la mano derecha en el hombro izquierdo del de delante, o al revés, como lo hacen los ciegos.

Hoy mismo no debiera extrañarnos que las instituciones, desde la familia a la ONU, desde los estados a las iglesias, se vean estresadas, incapaces de responder a las expectativas que las personas se hacen de ellas. La política, por ejemplo, difícilmente se tiene en pie. Le exigimos que se haga cargo nuestro en su conjunto, siendo que los políticos patinan al abordar problemas complejos. Un futuro posible, que no constituye futuro alguno, es desembocar en populismos y dictaduras. Las instituciones religiosas para sobrevivir, otro ejemplo, fácilmente caerán en la tentación de ofrecer instrumentos para una *fuga mundi*. Retornará el miedo, los dioses serán desempolvados. No faltarán agoreros apocalípticos repartiendo panfletos en las plazas.

¿Cómo viviremos tras la pandemia en tiempos de mayor ignorancia y aceleración de todos los procesos? La imagen de las cavernas es útil porque nos hace recordar épocas en que vivíamos en un mundo muy difícil de descifrar en sus componentes y hostil. En aquel entonces vivíamos al nivel de lo fundamental: la familia, la comida y, de vez en cuando, pintando ciervos en las rocas y los niños en todas partes. Esta experiencia quedó archivada en nuestro ADN. La activaremos en la medida que la vida, ahora para la humanidad completa, se haga precaria, insegura, peligrosa.

Sin embargo, esto no quiere decir que el porvenir deba ser peor. Hasta ahora la vida ha sido muy mala para inmensas mayorías. Desde ahora lo será, bajo un respecto, para todos. Pero, bajo otro, podrá ser mejor si volvemos a lo esencial, a aquello que no puede faltar, si localizamos a la técnica en el lugar que le corresponde y si entendemos que el crecimiento, el verdadero crecimiento, ocurre cuando nos compartimos con lo que tenemos y no tenemos.

El retorno a lo fundamental, evidente en el caso de los pobres que en el último año vuelven al mero pan, nos hará meternos en la cueva para protegernos de un mundo amenazante, pero también será ocasión para compartir el fuego, comer lo suficiente y conversar. La pandemia nos ha forzado a hacerlo. Pero no nos ha impedido un *amor mundi*, amarnos, acompañarnos y cuidarnos.

Un asunto decisivo será elaborar una "paideia" (educación) que capacite a niños y adolescentes para aprender a aprender. Ellos debieran saber reconocer lo fundamental y llevar a la espalda a los demás. Así lo hacíamos en el Paleolítico. Los niños tendrían que ser adiestrados en la capacidad de tomar decisiones, de elegir rápido y bien, de trabajar con los demás, pues habrá que juntar fuerzas para cazar en manada, y gozar con poco, aunque lo más posible. Será preciso adiestrarse en la resiliencia. Pues los resilientes, aun siendo cavernarios, lamiéndose las heridas de los felinos, salieron adelante y saldrán una vez más.

Una espiritualidad radical para otra civilización

En el planeta Tierra se están dando episodios de catástrofes medioambientales de enormes proporciones. En América Latina las inundaciones en el sur de Brasil han hecho daños incalculables. Dicen que las de 2024 fueron peores que las de 2023.

Los vientos de 124 km por hora de días atrás en Santiago de Chile no hicieron tantos estragos como en Porto Alegre, pero son inéditos. Ellos mismos son una excelente metáfora: el día menos pensado, el viento puede arrasar con la luz, el agua, techos y personas. ¿Acaso nuestra propia vida no está expuesta a ventoleras que nos están haciendo difícil mantenernos en pie? No es solo cuestión de climas. Un virus, la creciente criminalidad, la gran minería y nuevas guerras arrasan con pueblos generando migraciones masivas. La Inteligencia artificial acelera la historia. Aumentará la velocidad de entrada a un túnel que no sabemos si tiene salida.

Cabe, entonces, preguntarse: ¿hay una espiritualidad tan profunda que nos permita agarrarnos a la vida como las raíces permiten a los árboles resistir los tornados? ¿Existe algún modo de existencia que nos arraigue hondo en el cosmos en el que dependen recíprocamente las piedras y el fuego, el aire y el agua, los seres vivos y los inertes, los ricos y los pobres? ¿Hay alguna manera de amarrarnos las personas de diversos credos religiosos y filosóficos en un solo hato?

Claro que sí.

Los seres humanos somos individuos espirituales. Contamos con el Espíritu para co-pertenecer y hacernos corresponsables de la más lejana de las galaxias y del suspiro del más pequeño de los átomos. El mismo Espíritu arrecia contra el ego y el egoísmo. La suerte del universo es una exigencia colectiva. La mayor pobreza es no contar con nadie.

Pero, llevadas las cosas a su origen, cualquier ser humano venido a la existencia es pobre. Esta misma condición de pobreza constituye el tocón del que brotan las ramas que resisten una vida tan difícil como la que se nos está escapando de las manos. La persona pobre –lo sea económicamente por razones de salud, de falta de vivienda, de trabajo o porque perdió a su esposa, a sus hijos; el pobre migrante, desplazado o refugiado; la gente que aloja en carpas o entre tablas a la orilla de los rieles del tren; incluso cualquiera de nosotros(as) víctima de la propia ineptitud– ha de reconocer que no es capaz de darse a sí mismo la vida y, en cambio, ha de agradecerla. Agradecerla a Alguien o a Algo. Nadie es capaz de decir: "me merezco". El agradecimiento es la más alta expresión espiritual. Equivale al reconocimiento avergonzado de quien se jactó de ganarse la tierra, los humedales, la mejor de las universidades y personas que le sirven y le tienen miedo. Ser rico es un pecado. Compartir las riquezas tampoco es ningún mérito. Corresponde.

Los pobres de espíritu –diría Jesús– solo tienen a Dios, pues se han desprendido o se desprenderán de lo que pertenece a toda la creación. Ser pobre también es un pecado, las veces que se trabaja o se roba para ser ricos. No, en cambio, cuando se lo hace para alimentar a los hijos. O tomarse un terreno. La tierra pertenece a todos por parejo.

La solidaridad es la prueba de la espiritualidad auténtica. No debiera haber otra prueba de la existencia de Dios. ¡Atención, teólogos(as)!

La espiritualidad radical, la inspiración de debernos la vida unos a otros y la coexistencia mutua nos hace mejores, nos une estrechamente y nos realiza como personas al nivel más profundo. Uno llega a ser alguien si reconoce su dependencia de los demás. La invocación de la vida eterna no es alienante cuando la eternidad se anticipa entre los mortales a modo de triunfo de una conjunción interpersonal y cósmica.

Compartir la vida espiritual de los pobres es fundamental. Ellos saben que viven de fiado y que la existencia tiene sentido cuando consiguen el pan de cada día. Las riquezas, en cambio, aíslan y desorientan. Introducen a las personas en la superficialidad. Terminan

por matar a los ricos –dice la Biblia– y su acumulación le resta vida a los pobres.

Compartir es el tema. Compartir lo que se tiene y lo que no se tiene, y recibir como si no se mereciera recibir absolutamente nada. Esta es la clave de una nueva civilización. La civilización del agradecimiento que superará a la del merecimiento.

Un nuevo nombre para tiempos nuevos

Se oye decir que la pandemia, de la que tal vez no salgamos nunca más porque de aquí en adelante los virus variarán al infinito, es la señal más clara de una crisis medioambiental planetaria que quizás la humanidad no podrá revertir. Así de gris es el horizonte. ¿Cuál será el nombre del tiempo en el que estamos?

Se dirá que la nueva etapa se caracterizará por la necesidad de adaptarse a cambios múltiples, provocados unos por otros y de un modo acelerado. ¿Qué más? Los nuevos tiempos tienen visos de catástrofe. Si el derretimiento de los polos hace subir el nivel de los mares, poblaciones completas migrarán a zonas más altas, quitándoles las tierras a sus vecinos. ¿Algo más? Los equilibrios geopolíticos muy probablemente se quebrarán. Las guerras pueden multiplicarse. ¿Algún otro asunto? Sí, si la mayoría de los países tienen a China como su primer socio comercial, los embajadores de las naciones democráticas se verán forzados a aplaudir de pie a los próximos emperadores en el Gran Salón del Pueblo. Adaptación, migración, guerra y dictadura pueden convertirse en el nombre de la nueva era, entre otros posibles.

Pero el asunto decisivo no es cómo se llamará este tiempo intermedio, sino cómo queremos que se llame. La creciente adversidad no impide que el porvenir pueda ser mejor, pues el qué siempre depende en alguna medida del cómo. ¿Vienen años de hambre? El nuevo tiempo puede llamarse la Estación del Pan. Podríamos hablar del Ciclo de la Paz. Si se multiplican los ratones, ¿no podríamos inaugurar el Año del Gato? No es cosa de voluntarismo. El voluntarismo mata. Mejor sería recurrir a aquella imaginación con que, tarde por la noche o temprano por la mañana, intentamos cerrar el círculo para agradecer el día que termina y encarar el que está por comenzar.

Todos los nuevos nombres de esta nueva etapa pueden ser positivos, aunque el cataclismo sea inminente. Lo serán, si entramos en ellos como protagonistas y no como ovejas enviadas al matadero, sumisas al destino que les impone. El espíritu es invencible. El nombre de los nuevos tiempos debiera ser uno performativo. La denominación de esta etapa histórica tendría que depender de los que se impliquen activamente en crearla. Esta etapa entre la pandemia, que anuncia que en adelante todas las crisis serán globales, y un *acabo mundi* impajaritable si no llegamos a enfriar el medio ambiente, podría ser ojalá dramática pero no trágica. Las tragedias ocurren independientemente de los sujetos que las padecen. Se imponen como el hado. La superación del drama, en cambio, depende del amor por la vida, de la clarividencia para identificar las fuerzas en conflicto y de empujar juntos en la dirección correcta.

Todavía es hora para el drama. Esperemos que no llegue la de la tragedia.

El nombre de esta era, se ha dicho, es el Antropoceno. Este es el mundo que creó el ser humano y del que hoy es su víctima. Lo que no se ha dicho es que la superación en tabla no depende de la pura ciencia, ni del solo ñeque. La ética a secas amarga. Necesitamos una nueva creación. Urge dejar atrás el paradigma de humanidad que ha convertido la Tierra en un vertedero y empezar de nuevo, de la mano de un dios, de una diosa, que no ame a la humanidad más que los atardeceres de primavera.

Empezó la primavera.

Giro fundamental de la filosofía

La humanidad ha comenzado a dar un giro inédito. Si este no es editado por la filosofía, la filosofía no servirá más. Es que la filosofía no ha de servir para nada, se dice. Sí, no: la gratuidad es inherente al pensar más alto, pero cuando este pensar no se interesa por la humanidad bajo ningún respecto, pierde el rumbo.

Dentro de poco el tema ecológico, socio- y medioambiental será el principal. La humanidad entra a una etapa monotemática, pero no monótona. Estamos por llegar al punto de no retorno. El Apocalipsis vuelve a inquietar, aterrará, como ocurrió en la inminencia del año mil. Entonces abundaron los suicidios. Pero no pasó nada más. Esta vez puede que sí.

Este es el contexto que hace a la filosofía más necesaria que nunca: urge pensar. La filosofía, como ninguna otra ciencia, se revisa incesantemente a sí misma. En la actualidad tendrá que evaluar cómo está respaldando, iluminando y ofreciendo categorías al compromiso ético que están asumiendo los seres humanos por doquier. En este trance, si la filosofía no lo hizo antes, debe ponerse al servicio de una revolución epistemológica. Esta, dicho a la rápida, debe amarrar mente y corazón, y recuperarse a sí misma como sabiduría. Se requiere un tipo de conocimiento como el de los pueblos originarios, las culturas asiáticas y los pobres en general, que amalgame la existencia humana y la ciencia moderna. La ciencia desconectada de la experiencia real del mundo de las personas, aprovechada por la técnica a cuyo servicio está, es el origen exacto de la debacle ecológica. Hay disciplinas distintas que, si no se conjugan en un corazón humano, alienan en ambas direcciones: la del cientificismo y, en el caso de religiones como el cristianismo, la del intimismo. El caso es que la ciencia y la técnica modernas son como bueyes uncidos a la carreta del capitalismo que devora el planeta.

Abro paréntesis: nada hay más triste en el campo de las ciencias que la Teología. Esta, salvo en los casos de la Teología india, la Teología feminista y la Teología de la liberación, y otras teologías contextuales, ha cortado todo nexo con la espiritualidad. Las(os) teólogas(os) universitarias(os) son apuradas(os) con la picana del cientificismo para producir papers WoS, ISI, Scopus, SciELO, al igual que los demás científicos universitarios. El divorcio entre la experiencia de Dios y la enseñanza teológica universitaria, provocado por la exigencia de cumplir con los estándares científicos norteamericanos y mantenido a raya por los sistemas de control eclesiástico, es prácticamente total en las facultades eclesiásticas. Si se diera una reconciliación entre ambas, la Iglesia superaría tal vez su crisis; lo haría generando intelectuales orgánicos capaces de luchar contra el *statu quo*. Si la Teología tuviera que ver con el Cristo resucitado y vivo, otro gallo cantaría. Ella comparte la miopía de las otras áreas de la ciencia, pero en su caso la accountability ante las exigencias del aparato estatal es imperdonable. Ha olvidado que tendrá que dar cuenta de su desempeño al Padre eterno.

Vuelvo al tema de la revolución epistemológica que necesitamos. La localizo en el mundo de los pobres. Estos tienen que enseñarnos exactamente aquello que debemos aprender: ¿cómo se vive con incertidumbre? ¿Cómo se sobrevive? También se puede aprender del modo de rezar de las familias migrantes en las fronteras de los países latinoamericanos. No podemos saber cómo experimentaron el genocidio los pueblos que fueron extinguidos en América Latina y el Caribe. Ellos sí supieron qué es un *acabo mundi*. Pero todavía se puede oír a quienes son despojados de sus tierras y culturalmente negados. Sabemos que se necesitan más de cinco planetas para dar a la humanidad una existencia digna. Lo que el 50% de los seres humanos sabe, pero el 1% no, es cómo se vive con poco y nada. Endeudados, a veces. De fiado. Tampoco saben lo que es robar para dar de comer a los hijos(as).

Último paréntesis y no molesto más: ¿en qué está la filosofía de nuestro continente que, tras la pandemia, ha vuelto a la pobreza? Sé poco del tema. ¿Tiene espacio en las facultades e institutos de filosofía de nuestras universidades o se la mira con condescendencia, como hacen los europeos con nuestras publicaciones? La dependencia filosófica del primer mundo en nuestro medio es completa. Nuestros investigadores glosan las grandes obras. Pero ¿no consiste la vida intelectual en pensar por sí mismo, tal como hacen los adultos? Quizás Kant les dice desde la eternidad: "Dejen los pantalones cortos. Cítenme menos, cítense más".

Termino: se necesita una Filosofía fundamental que ponga los fundamentos a la responsabilidad de hacernos cargo del planeta. El resto de la filosofía puede considerarse auxiliar. Será fundamental una filosofía que radique en la episteme de los más pobres, esto es, la sabiduría de quienes y para quienes pensar es un asunto de vida o muerte.

CAPÍTULO IV

Inclusión de los “otros”

Apuesta por los pueblos originarios

Apuesto por los pueblos originarios en todos los países del mundo. En Chile: los pueblos quechua, aimara, rapa nui, atacameño, chango, yagán, colla, kawésqar, diaguita y mapuche.

Nuestros pueblos originarios no pueden ser objeto de un beneficio. Son sujetos. Tratarlos como si fueran meros destinatarios del favor del Estado constituye otro acto más de atropello a su honor. No son objetos que se usan y desechan dependiendo de la ventaja que generen. Solo vale para ellos un reconocimiento auténtico, uno que los considere nación y les devuelva la autonomía que alguna vez les quitaron, al menos en los términos en que lo han hecho otros países multinacionales.

Estos hermanos y hermanas nuestros nos enseñarán a luchar, a resistir y a adaptarnos. Ellos y ellas son capaces de enamorarse de otras maneras; su medicina es holística, profundamente humana y terrena; el ingenio que tienen para reconciliarse habría que conocerlo. Puedo suponer que saben oler olores, oír sonidos, gustar con la lengua y sentir la cercanía de los demás como no lo hacemos el resto de los seres humanos. Sé que se saben pertenecientes a un cosmos que les ama y que respetan, pues la suya es una mística del cuidado. Sus espiritualidades, estoy seguro, enriquecerán nuestros estilos de vida, ya agostados por tanto consumismo.

Mi apuesta es por el aporte de los pueblos. Ellos aportan color, empatía, "buena vida", escucha, piel, ideas nuevas, originalidad, deseos de levantar un país amistoso, amante y defensor de la naturaleza, y atento para desenmascarar los mecanismos de invisibilización.

Mi apuesta es un acto de fe en sentido estricto. Apuesto, intuyo, creo que estos pueblos y los demás son necesarios. Lo creo, pero también tengo razones para imaginarlo porque no estamos en cero. El

mestizaje ha constituido a muchos pueblos: en Europa, a muchos; en América, a todos. En cambio, el puritanismo, el desconocimiento del origen, la negación de las diferencias, el despojo y la mirada despectiva hacia los pueblos humildes, las gentes migrantes y los diversos, los destruye. Si existe Dios, creo que cree en los pueblos originarios y espera mucho de ellos.

Gesta espiritual de un pueblo champurria

Champurria es un concepto de primera importancia, lamentablemente desconocido. Champurriado(a) es una persona en parte mapuche, en parte chilena. Esta identidad mixta se evidencia muchas veces en los apellidos.

Por esta misma razón, el o la champurria es una persona que tiene dos mundos. Es alguien en quien habitan dos culturas. De un modo parecido a quienes han tenido la oportunidad de vivir en otros países y aprender una o más lenguas, él, ella, puede alcanzar una riqueza humana y espiritual superior.

Digo que puede, porque es común que en el alma champurria estos dos mundos existan separados, sin tocarse, sin amarse, ignorándose, negándose uno a otro. El o la champurria es mal mirado por "winca" o por "indio", despreciado a veces por lado y lado. Como el resto de los mortales, estas personas se llevan a la tumba un conflicto interior que, de haberlo resuelto, habrían sido más felices. La falta de reconocimiento enferma. Han recibido una identidad cuyo desconocimiento se somatiza. Pero los y las champurrias son inocentes. Son víctimas de un "pecado" que no es su pecado como tampoco lo fue el de sus padres, que se amaron tanto que no les importó trasgredir los tabúes que les impedían conjugar aquellos mundos.

Sin embargo, cuando el o la champurria inicia un camino de liberación su newen (fuerza) se enciende. Ni el mar lo apaga. Mira por encima, mira desde abajo, amarra el cielo y la tierra, y se convierte en un weichafe (guerrero) capaz de ganar batallas e incluso la guerra contra sí mismo. Pero es difícil ver y transitar el camino de la autonegación al autorreconocimiento. Es un trabajo titánico, penoso, muy lento. Suelen pasar años para que una persona se descubra mapuche y chileno a la vez, en una palabra, mestiza. Se hace necesario ver la negación y

llamarla despojo centenario de sus tierras, aguas, plantas y animales. Y, pues, el corazón champurria que se indigna por estos despojos, que recuerda a sus abuelos y bisabuelos pisoteados, y remonta con orgullo su genealogía, no sabe de infartos. Su experiencia espiritual convierte las heridas en cicatrices, ya que puede perdonar sin dejar de luchar contra las injusticias.

El camino a la liberación del o la champurria conduce a la sanación de una enfermedad hereditaria. Esta cura requiere a veces la asistencia de otros, de machis que, a su vez, hayan enfermado y sanado por los buenos espíritus. En estos casos el o la machi (intermediaria y sanadora) hace de mistagogo que remedia con yerbas, pero que puede hacerlo también con relatos liberadores que ayudan a tomar conciencia de la inocencia.

Vayamos más lejos: el pueblo chileno es champurria. El champurria no está allí, sino aquí, en mí, en ti. Llevamos en el alma un daño de siglos que hemos aprendido a esconder a la vista de las otras naciones, y de nosotros mismos. El o la chilena es acomplejado. Mira hacia arriba y se avergüenza. Mira hacia abajo y menosprecia. Se ruboriza de haber sido víctima de blancos cuidadosos de seguir siéndolo. Es que en la escuela leyó los textos que le contaron la historia de los vencedores. Sus profesores, asimismo, le hicieron olvidar el mapudungún, le cortaron la lengua, pues el Ministerio mandaba enseñar mejor inglés.

Pero el futuro del país no depende del inglés ni del PIB. Hay algo más grande. El destino de los pueblos que integran este país será cosa de quienes abran el sendero que va de la agresión a la justicia y la reconciliación. Algo así nos diría la machi Adriana Paredes Pindatray. Según ella "tú no te puedes sanar si sigues siendo víctima pasiva de la usurpación. Es tan importante sanar en esta comprensión, de que sanar menos significa convertirse en opresor" (Elisa García, *Zomo newen*, Lom, 2017).

Pido perdón por adentrarme en este corazón mestizo sin haber pedido permiso. Lo hago porque hablo de gente que también a mí me

despeja el camino por hacer. Adriana, con su testimonio de machi champurria, me pone en la huella de la salida.

Necesidad de reconocimiento de la espiritualidad de los pueblos originarios

Continúo con el caso chileno.

Las religiones abrahámicas han hecho llegar a la Convención Constitucional en Chile un documento pidiendo un reconocimiento al valor de la religión y de la libertad religiosa. El hecho ha sido celebrado en la prensa. Pero lo que debe considerarse un triunfo del diálogo interreligioso occidental merece ser criticado desde el punto de vista de los pueblos originarios.

La carta es firmada por los líderes de las confesiones religiosas católica, ortodoxa, anglicana, evangélicas, judía, islámica y la Iglesia de Jesucristo de los últimos días. Pero no la firma ningún líder de los pueblos originarios. Para los firmantes estos pueblos parecen no existir. Se les olvidó considerarlos. Estoy seguro de que ha sido casual, una negación involuntaria. Pero históricamente la negación de la índole espiritual y de las mediaciones religiosas de estos pueblos se ha hecho no solo de un modo inconsciente. Ha sido también un método pastoral.

El documento no tiene en cuenta uno de los principales signos de los tiempos. Lo más extraordinario en esta materia a nivel mundial es la toma de conciencia del daño producido por las colonizaciones culturales. Recientemente la Iglesia Católica en Canadá ha hecho público su remordimiento por la muerte de miles de niños entre los años 1831 y 1996 en los internados que ella gestionaba y en los que se llevó a cabo la supresión de la lengua, la cultura e identidad de los pueblos indígenas. El gobierno canadiense ha reconocido que en estos lugares se perpetraron todo tipo de abusos. La reivindicación de las identidades oprimidas está en auge en el mundo. Se pide justicia. Se demandan reparaciones.

La Colonia en América Latina se abrió paso con el Requerimiento. El conquistador alzaba la cruz delante del indígena y, en latín, le pedía una confesión de la fe católica. Si aceptaba la fe, bien. Si no, se le sometía.

El catolicismo chileno consideró pagano al pueblo mapuche. Los esfuerzos de la Iglesia Católica contemporánea por una inculturación del Evangelio entre los pueblos indígenas, aunque constituyen un aprecio de sus culturas y religiones, merecen una revisión. Las comunidades evangélicas en la Araucanía exigen a sus fieles no asistir a la fiesta del Nguillatún. Los ejemplos de invasión y conquista religiosa de estos pueblos pueden multiplicarse.

Los líderes religiosos firmantes de la carta a la Convención Constitucional lamentan la quema de iglesias, templos y capillas. Hacen mención de algunos apoyos económicos del Estado para sus actividades porque consideran que la religión es esencial al ser humano. Pero, ¿no han debido también decir algo sobre la colonización del país desde 1541 a la fecha? ¿Sobre el daño enorme causado a los pueblos originarios? Tal vez no era el momento. ¿Lo habrá? En el Estrecho de Magallanes todavía se recuerda el caso del patagón que hicieron subir a una de las naves del navegante y lo bautizaron Pablo. Murió poco después.

Lo único que parece tener futuro en materia de cristianismo en Chile es un replanteo a fondo de la evangelización. El Evangelio exige hoy un diálogo intercultural. Si se trata de allanarle el camino, los cristianos tendrían que promover el cultivo de las religiones originarias, hacer todo lo posible por potenciarlas, porque su Dios no es mejor que el de estos. Aún más, el verdadero Dios de los cristianos es el Dios de los pueblos oprimidos, como lo ha subrayado la Iglesia posconciliar latinoamericana y la teología de la liberación. Pues tampoco Cristo es monopolio de los cristianos.

El testimonio de Millaray Garrido Paillalef sirva como prueba de lo que vengo diciendo: "Cuando yo llegué (a la escuela) ya no había curas,

había profesores del Magisterio de la Araucanía, que es como una mafia de la Educación en la Araucanía. Ellos están metidos en las comunidades indígenas y han tenido un rol importantísimo en el blanqueamiento del mundo mapuche, metiéndose como agentes pasivos con la excusa de la educación y la evangelización. Ellos nos enseñaban a cantar el himno nacional de Chile en mapudungun, a rezar el Padre Nuestro y el Ave María en mapudungun. Nos enseñaban que la Ñuke Mapu era lo mismo que la Virgen María y que Chao Ngenchen era lo mismo que Dios. Mi mamá era la única apoderada que iba a reclamar y a decir que no me podían confundir de esa manera" (Elisa García, *Zomo newen*, Lom, 2017).

Pido a los líderes religiosos de la carta a la Convención que la redacten de nuevo. También para los hijos de Abraham llegó la hora de la conversión.

Plaza Brasil, bautismo de humanidad

La Plaza Brasil es un mundo de mundos. Suelo salir a caminar por el barrio, trato de hacerlo todos los días, doy la vuelta a la plaza y constato la convivencia pacífica y alegre de gente tan distinta que incluso yo mismo he llegado a sentirme incluido.

Personas de todas las edades. Niñas ensayando danzas. Flautistas. Acróbatas. Perros, mucho perro. Mucha cerveza. Abrazos por poemas y poemas por abrazos. Hombres y mujeres reventados por el alcohol y la vida. Caminantes que giran en una y otra dirección, igual que en la plaza de Talca. Travestis bailando y cantando desaforados. Marihuana. Nunca he fumado, pero me gusta el olor. Olores, colores. Niños pequeños aprendiendo a jugar a la pelota. Guaguas recién paridas siendo amamantadas. Un monolito recuerda a Tom Jobim, músico que con Vinicius de Moraes compuso La garota de Ipanema. Mascarillas, un 50%. Aforo, poco. Ladrones haciéndose los lesos. Ni los padres ni las madres dan asomo de preocupación por el ambiente en que se educan sus hijos.

Hay comercio. Se venden cosas típicas: cassettes viejas, ropas, maceteros con cactus, pizza al taglio. Una adivina tira las cartas del Oráculo cristosófico a un jubilado a pocos días de cobrar la pensión de la Bachelet. ¿Llegará la Coca-Cola a financiar la orquesta que canta al poeta Ho Chi Minh?

No logro entender qué está pasando en el país. ¿Cómo son posibles tantos mundos en una sola plaza? Puedo suponer que en otras ciudades se está dando el mismo fenómeno. Esto es real: un mundo en el que las diversidades no se restan, se acumulan. ¿Se comunican? ¿A qué nivel de profundidad lo hacen?

Mi primera aproximación a este espectáculo es ética. Pero algo me dice que no sirve observar con criterios morales. La segunda

aproximación es estética. Se da en la plaza y en el barrio una mezcolanza de horrores y de obras de arte. En la esquina de Av. Brasil con Moneda unas lolas de Arte de la Chile pintaron todo un edificio de flores que es una maravilla. Hasta los grafiteros lo respetan. Pero la clave estética tampoco es suficiente.

Vengan entonces los filósofos. ¿Qué es esto? ¿Un reseteo del ser humano, o una simple reiniciación? Filósofos: dejen de contarle las plumas a Kant. Vengan los psicólogos, los historiadores, los arquitectos y todo especialista que pretenda saber algo, y aprenda, porque si no lo hace mejor sería que no enseñara. ¿En qué están las universidades? Pregunto a los sociólogos: ¿por qué en Santiago hay niños que juegan en condominios protegidos con vigilantes y alambres, que viven alarmados por sus padres, asustados de lo que hay al otro lado de las rejas, y en el corazón de la ciudad hay otro tipo de niños, seres humanos formateados de un modo inédito, jugando sin temor y dispuestos a acoger en su ámbito incluso a la clase alta? Tal vez también tienen miedo. Pero no lo parece. Tampoco veo que en el Barrio Brasil haya lucha de clases.

Vengan los teólogos. La Plaza Brasil no parece ser una herejía. En este barrio Dios es distinto. El mismo, pero de nuevo. Si algún día pispo cómo hace Dios para emerger en esta confluencia de tantas vidas, le pediré a las borrachitas que me otorguen la misión canónica para enseñar teología que los cardenales me negaron. Si la teología no es reflexión sobre el hacerse Dios real en las vidas de las personas, ¿qué es? El caso es que salgo a hacer ejercicios físicos por las veredas del barrio y vuelvo habiendo hecho ejercicios espirituales. Retorno a mi casa sin entender palote, pero liberado de mis miedos y perdonado de mis pecados, bautizado en aguas de mucha humanidad.

CAPÍTULO V

Nuevas experiencias místicas

Dios es "ateo"

En un muro de mi ciudad, un grafitero escribió "Dios es ateo". Dio en el clavo.

Es que la posibilidad de confesar a Dios en vano es tan antigua como peligrosa. No ha habido nada más dañino en la historia del cristianismo que traducir a Dios en cruzadas, privilegios y derechos sobre los demás. Hasta antes de Constantino (siglo IV), los cristianos fueron perseguidos por el Imperio. Después de la conversión del emperador, los cristianos comenzaron a perseguir a los que no lo eran.

La oración en común de los líderes de las grandes tradiciones religiosas de las últimas décadas –recuerdo la de Juan Pablo II con representantes protestantes, musulmanes, judíos y otros– apunta en la dirección contraria. No así los actos atroces de terrorismo en nombre de Dios o el inveterado colonialismo confesional. Pues bien, la globalización, que imbrica las creencias o las opone, nos exige más que nunca encontrarnos en lo fundamental.

La humanidad requiere ir a la raíz. Se sea creyente o increyente, se crea esto o aquello, solo si se comparte lo más hondo de lo hondo se conseguirá una comprensión recíproca, favorable a una coexistencia y a una co-pertenencia dichosa. Estas son ciertamente más deseables que hacer prevalecer el propio credo sobre el de los demás.

Si creemos que hay un principio –Espíritu, lo llaman los cristianos– que genera diferenciación y convergencia de la humanidad consigo misma, un agnóstico no valdrá más que un budista ni un musulmán más que un cristiano.

"Dios es ateo"

¿Existe la posibilidad de una experiencia espiritual que pueda ser compartida? Sí la hay. Está a la mano. Se da casi en todos los seres

humanos, aunque no lo sepan del todo. Si nos ubicamos en el plano meramente racional, cualquiera debe reconocer que Alguien o Algo le dio la vida, que no se merece a sí mismo; y, por el contrario, que no tiene nada que alegar si sufre y muere porque la existencia no es cuestión, en primer lugar, de justicia sino de haber sido donados a nosotros mismos.

Exactamente por esto, además, ninguno puede reclamar un derecho a apoderarse de los demás y de los bienes que hacen posible que estos sean lo que son. Podrá suceder. Por cierto, ocurre. Es cosa de ver cómo el planeta ha sido loteado y apropiado por unos pocos. Alguien troqueló en una moneda de un dólar In God we trust. Sinceridad pura. Pero si se acepta que el ser humano es un caso de gratuidad, a nadie se le puede poner precio ni aprovecharse de él.

Si alguien cree que su vida es un don y piensa que la de los demás también lo es, va bien encaminado. Cualquier religión que reconozca esta convicción filosófica tendría que contribuir a que los otros credos religiosos prosperen. Si no se piensa que la vida es un don, difícilmente podrán evitarse el fanatismo, el proselitismo, el terrorismo y las guerras religiosas. Y, antes que nada, el capitalismo.

La paz, una vez más, se ha convertido en anhelo de la humanidad. Nuevamente la religión puede reconciliar a los seres humanos o enemistarlos. Ella aportará lo mejor de sí misma si incorpora una ignorancia absoluta acerca de "Dios", y una certeza irrebatible en que, contradiciendo a Descartes, "somos independientemente de lo que pensemos o creamos".

El retorno de la sabiduría

Los pueblos de la antigüedad tuvieron una ciencia que, mientras el ser humano no se rinda a los monstruos que está creando, seguirá siendo necesaria: la sabiduría.

La sabiduría en todos los pueblos ha consistido en un saber vivir. Es un saber fruto de una reflexión sobre la propia experiencia, un "saberse" por dentro y en el contexto en el cual se interactúa. Los sabios fueron personas conectadas consigo mismas y con el cosmos, capaces de vivir místicamente una unión con todos los seres, de admirar su belleza y de hacerse cargo de su cuidado. Judíos, chinos, incas –la lista abarca a todas las expresiones culturales civilizadas– han desarrollado un acervo sapiencial con el cual han podido transmitir, no sin hermosura, orientaciones a la felicidad a las nuevas generaciones.

¿Hoy, qué? ¿Qué puede llamarse sabiduría?

El horizonte actual está sumamente fragmentado. Las grandes tradiciones religiosas y filosóficas han entrado en contacto, y se relativizan unas a otras; han experimentado el impacto de la cultura secularizadora científico-técnica; son socavadas por la lógica mercantilista que incluso las vende con tal de hacer crecer la economía. Los conocimientos que los sabios de Occidente y Oriente afinaron por milenios fácilmente son olvidados o ridiculizados.

Las previsiones son pésimas. El cuadro medioambiental es el peor de todos. Si los pobres consumieran como los ricos necesitaríamos más de siete planetas para solventar los costos. La economía financiera se desvinculó de la economía productiva; ¡se automatizó! Nadie la controla, pero sirve a la acumulación de riqueza del 1% de la población que ya posee el 99% de los bienes. La competencia entre los grandes se replica en la batalla cotidiana por "ganarle el quién vive" al prójimo. Todo se acelera. El aumento descomunal de los conocimientos, y la

avidez por sacarles un partido comercial, ha obligado a la vida humana a desarrollar una velocidad que la mayoría no puede sostener. El tiempo se traga al espacio. Como en el mito, Cronos devora a sus hijos. Pareciera que mientras nos quede el cuerpo, lo ocuparemos en comprar y consumir, y exhibirnos porque, si alguna vez se trató de "ser alguien", ahora todo se juega en aparecer físicamente antes de ser definitivamente descartados. Falta poco para que los robots hagan mejor y sin descanso lo que nosotros realizamos con dificultad.

Los muchos conocimientos, los controles biológicos, mecánicos y algorítmicos no nos han hecho más sabios. Solo "la experiencia es la madre de la ciencia". Cuando la ciencia nos desconectó del universo, de la tierra, de los demás y de nuestra propia interioridad, dejó de ser ciencia propiamente tal. La sabiduría sí lo ha sido, por esto la volvemos a necesitar.

Pero hay un aspecto sapiencial de la apocalíptica que convendría recuperar. El pueblo de Israel en circunstancias especialmente catastróficas y humillantes supo extraer de su propia historia una palabra trascendente que le hizo esperar y luchar por un futuro distinto. Los israelitas se sobrepusieron. Apostaron a que la historia tenía sentido, que habría un juicio final y que Dios rehabilitaría a los mártires. Se podía ser distintos a sus opresores. Había, sí, que mantenerse firmes y resistir.

¿Cómo ser sabios hoy? No se trata de arremeter contra la tecno-ciencia. La batalla se juega a otro nivel. La sabiduría busca la felicidad cualesquiera sean las circunstancias. Estas pueden cambiar. Es sabio comprometerse políticamente, siempre que se tome partido por el bien de todos, en vez del propio. Salomón, el rey, fue en su época el modelo de la sabiduría. Pero, en lo inmediato, no se ve cómo estas circunstancias puedan ser modificadas. Tal vez no lo sean nunca. Pero nada impide plantarnos en la vida de un modo protagónico: observar, pensar, sentir el mundo que habitamos en el propio corazón, admirarse,

tomarles amor a los minerales, a los vivientes, situarse en la galaxia, inspirar y expirar, oír las voces mejores y elegir un estilo de vida.

Porque a fin de cuentas de esto se trata, de una decisión. El sabio lo examina todo y elige. El sabio se elige a sí mismo. Elige "ser elegido" por la humanidad que lo ama, que ama y a la cual se debe por entero.

Tentación de *fuga mundi*

Cada época tiene su *fuga mundi*. El ser humano localizado en territorios, radicado en el tiempo que le ha tocado vivir, experimenta la tentación epocal de escapar de los horrores del mundo en que vive. El miedo colectivo genera guerras, predicciones atroces, voces de vírgenes, inmolaciones masivas lideradas por fanáticos que ofrecen salvaciones extraplanetarias.

En la actualidad, nuestra circunstancia es constituida por varios factores de impacto global: cambios geopolíticos, desarrollo de la cibernética, y últimamente por la pandemia del Covid-19 y la catástrofe medioambiental en curso.

En este escenario existencial, la huida del mundo se da en dos planos, uno exterior y otro interior. Se nos ha dicho –por poner el ejemplo de la pandemia– "distancia social". ¡Quién puede discutir que es una recomendación sensata! El problema es que la tentación de romper la distancia social, de abrazar a los amigos, de hablar de cerca, es menos grave que la de eternizarse en las distancias o quedarse a vivir en el mundo virtual. La mayor tentación es valerse de la imposición de una cuarentena tan razonable para terminar huyendo de los demás; de ese, de esa, que, más que su virus, no quiero que me contagie su pena, su necesidad de mí, de entrar en mi corazón y conmoverme.

La peor tentación es distanciarse interiormente del prójimo y del destino del resto de la creación. El falso místico se aísla y culpa a los demás. Se cree superior, se aparta, se protege de ellos para no encargarse de su destino. La falsa mística es un caso emblemático de la *fuga mundi*. Su motivación principal es encontrar el fundamento de la existencia con prescindencia de mediaciones estéticas y éticas, comunitarias y sociales. El santón cree acceder a Dios sin pasar por el prójimo, cargar con él, con su dolor y su capacidad de cuestionar

nuestras mentiras, comenzando con nuestra fingida impecabilidad. El mismo problema se da tanto en el religioso como en el ateo.

La *fuga mundi* es una tentación antigua y vigorosa. Siempre tendrá futuro. Pero es un engaño y hace daño. Es una ilusión pensar que podemos llegar a nosotros mismos, a construirnos como personas y como humanidad, si no interactuamos con los demás, si no nos encargamos de ellos y ellas ni tampoco dejamos ser cargados sobre sus hombros. Pues el peor de los males es el mundo que podemos levantar sin el prójimo. Sin este no hay nada que valga la pena. Porque dentro de nosotros mismos, cuando no hay nadie, no queda nada. Solo olor a opio quemado. Humo y algunos virus en vías de extinción.

Mística del agua

La mística es aquella experiencia que une con Dios y, en virtud de Dios, con el cosmos. La falsa mística promueve una *fuga mundi*. Esta es al menos la visión judeocristiana de la totalidad. Al fin de la historia entraremos en la era mesiánica, en la paz definitiva, para los judíos. Para los cristianos, seremos recibidos en el reino del Mesías, en el tiempo de la recreación universal. ¿Y la mística secular? ¿Atea? La mística del agua puede acercar los distintos sistemas teológicos y filosóficos.

El desafío socioambiental, ecosocial o ecológico sin más, convoca a todas las tradiciones humanistas a salvar el planeta. Si el agua nos trajo a la vida, el día que se acabe no quedará ningún viviente. Si la temperatura media de la Tierra sube en cinco grados, dicen, este será el día. ¿Cuál entonces sería hoy el problema? No será tanto el extinguirnos, lo cual será ciertamente penoso cuando toque –y tocará–, sino aprender a vivir como si la muerte colectiva fuera inevitable.

Allá en California y por acá en la zona central de Chile estamos a un paso de secarnos. En Santiago, si no me equivoco, actualmente tenemos tres lluvias buenas en el año. ¿Qué pasaría si solo lloviera dos? ¿Y una? Algunos santiaguinos quieren quitarle el agua al Biobío: una carretera hídrica. Los santiaguinos quisieron intervenir el Baker en la Patagonia para electricidad. (Los patagones resistieron. No quisieron ser simples colonos del fisco. La gesta del puente y las lacrimógenas los constituyó como pueblo). Las forestales, propiedad de los santiaguinos, han chupado las napas a los mapuche. El tema del agua es tema. Se acaba el agua, algo hay que hacer. ¿Qué?

Vuelvo al punto de partida: el desafío es místico. Se nos dirá que es ético, pero no, en primer lugar, es místico. Lo veo así: lo que corresponde no es economizar el agua, cerrar las llaves, ducharse una vez a la semana, poner impuestos a los productores de paltas. A

medidas como estas, que evidentemente parecen necesarias, hay que llegar haciendo un camino más largo.

El ser humano es un fin, no un medio. El agua es un medio, pero también tiene algo de fin. Dejemos a los filósofos articular las diferencias y poner a la humanidad en el lugar que le corresponde. En el más fundamental de los planos la experiencia mística nos hará conocer nuestra unidad, a través del agua, con todos los seres vivos, comenzando por la autoconciencia de pertenecer al agua y pertenecer esta a nosotros: co-pertenencia, co-rresponsabilidad, co-operación.

Interdependencia, sostiene el budismo. Somos agua que piensa, que ama, que odia.

Así como los minerales combinan e intercambian moléculas y colores, el agua nos hace compartirnos entre los seres vivos. Un día es nube, otro apio o agüita perra. Más importante que usar el agua como un medio es disfrutarla como un fin, amándonos de un modo acuático. No se necesita ser creyente para cumplir la misma tarea que tienen, por ejemplo, judíos y cristianos de amar el cosmos como si fuera creación de un dios. Sin amor al cosmos no se puede amar al Dios del judeocristianismo. Sin gozar con el agua, tampoco.

La mística, no la falsa mística, ata ética y estética, las unce al respeto y custodia de la vida. La experiencia de la belleza del agua tendría que motivar en nosotros ahorrarla e impedir su contaminación. La ética, a su vez, conduce a ver en el agua su belleza. La batalla de los ecologistas contra quienes derrochan el agua o la degradan ha abierto los ojos a nuestra generación para admirar su hermosura, la de los ríos y humedales. Mística, ética y estética se compenetran. No puede darse una sin la otra.

¿Falta algo? Una épica. Que vengan a ayudarnos los filósofos y los teólogos. Tenemos la obra gruesa, dejemos a ellos las terminaciones. Necesitamos un relato que integre estas tres dimensiones esenciales de la experiencia humana. De momento la principal tarea la tienen los padres, madres y apoderados, los educadores. Para enseñar, deben

convertirse y hacerse bautizar en nombre de la armonía cósmica. La destrucción de los vínculos entre mística, ética y estética nos está matando antes de tiempo. A la humanidad, no a las piedras, se le encomiendan las mismas piedras y las aguas.

Mística del metro cuadrado

A estas alturas la comunidad científica internacional está de acuerdo con que la catástrofe medioambiental inminente es el gran tema. Pregúntesele también a los brasileros anegados de Rio Grande do Sul o a los habitantes de Nueva Delhi que han debido soportar más de cincuenta grados de calor.

¿Qué hacer? ¿A quién corresponde hacerlo? Ayudará combinar ciencia + sabiduría; y, en lo inmediato: técnica + conversión. La ciencia y la técnica son instrumentos indispensables para revertir el curso a la catástrofe. La sabiduría, por su parte, exige una conversión del corazón, un giro en la mirada o un nuevo modo de experimentarse en el mundo indispensable para modificar el rumbo, una transformación subjetiva que integre el sentir de la Madre Tierra.

Son dos saberes diferentes que deben conjugarse para forjar otra civilización o, al menos, en el campo doméstico, estilos de vida más humanos. Es inimaginable pretender salir de la debacle en marcha sin la ciencia y la técnica. Pero, aun en el caso de que a la larga el planeta se nos escape de las manos, siempre será posible sanarlo y mejorarlo en el propio "metro cuadrado", es decir, en ese reducido lugar del que nos ocupamos, el jardín, el barrio, o distinguiendo entre basuras el tipo de envases que usamos.

Hemos llegado a esta situación –opinión no solo mía– por haber confiado ciegamente en que la mera ciencia/técnica podían, por sí solas, ofrecer a la humanidad el sentido de la vida. Nos equivocamos. La articulación entre este tipo de conocimiento y las sabidurías humanistas, filosóficas y teológicas, que no se ha dado hasta ahora, debiera intentarse en adelante para frenar urgentemente el calentamiento global.

Si queremos gestar otra humanidad, es preciso avanzar en los dos frentes, comenzando por desarrollar una mística del "metro cuadrado". Por pequeña que sea nuestra conversión –no dejar correr el agua de la llave, no comprar plásticos, acabar con el consumo superfluo, evitar los viajes en avión, ahorrar luz, aprovechar la energía solar en lo que se pueda, restaurar la vegetación y usar los medios públicos de locomoción–, esta será la más importante, ya que, sin ella, los cambios "macro" no se darán. Sin lo "micro", lo "macro" no se conseguirá.

La integración de los saberes es la clave. Pues tampoco puede bastar una mística de lo pequeño que se desentienda de la suerte del resto de los seres del planeta. La falsa mística es siempre individualista. El egoísmo aliena de los demás y, como sin estos no hay futuro, la falsa mística también conducirá al desastre.

En estas circunstancias, es menester observar la experiencia espiritual de los medioambientalistas. No hablo de activistas que son cristianos o pertenecientes a otros credos. Me refiero a esos hombres y mujeres que, como los profetas de Israel, han sido ignorados, ridiculizados por décadas, e incluso martirizados por las empresas mineras y madereras extractivistas, como consecuencia de su compromiso medioambiental. Es cierto que hay varias formas de ecologismo. La mejor de ellas ha sabido conjugar aquellos dos órdenes de conocimientos. Algunos de ellos, como intelectuales orgánicos, nos llevan la delantera en los estudios y la generación de nuevos conocimientos, a la vez que en tomarse la calle para protestar y denunciar.

Unos últimos ejemplos: quizás alguien no pueda dejar de comer carne, pero puede pasar de la bencina a la electricidad y colaborar con las acciones mencionadas anteriormente; por lo menos grite al Estado para que no siga entregándole los humedales a la empresa privada.

Mística de la co-pertenencia

Se nos ha abierto una vía de realización extraordinaria. Debemos a la tenacidad de los y las ecologistas la toma de conciencia progresiva de la co-pertenencia. ¿Cómo? Sí, pertenecer unos a otros, y entre todos con los seres vivos e inertes que ocupan un lugar entre el cielo y la tierra. Digamos que co-pertenencia es el antónimo de la acumulación y el acaparamiento.

Hemos llegado a vivir en el mundo de las pertenencias individuales. Nuestro corazón es ávido de apoderarse de los bienes y de las personas. ¿Por qué? Digamos que somos víctimas de la cultura del capitalismo moderno. Lo que cuenta es un tipo de modernidad consistente en el dominio absoluto de "yo", del individuo, sobre el resto, sean personas sea la naturaleza. Lo que cuenta, más precisamente, es el individuo avaro que todos y todas llevamos dentro que, para concentrar en sus manos lo más que se pueda, compite con los demás, les gana en velocidad y los convierte en clientes.

¿Resultado? Allí está: la destrucción del planeta y, su equivalente, el suicidio de la humanidad.

La toma de conciencia del cataclismo, sin embargo, motiva la creación de la mística de la co-pertenencia. Por esto el futuro pinta hermoso. Gracias sean dadas, insisto, a los ecologistas. Digo mística. Mística es la experiencia de unión con Dios. Juzgo que esta experiencia es herética cuando ella prescinde de toda corporalidad y se propone como escape de la realidad. Es correcta, en cambio, cuando intenta la unión con Dios a través de todo lo real. La mística auténtica se juega en la reciprocidad. Poco importa si tal Dios opere a modo de autopoiesis (panteísmo) o como factor trascendente del mundo, pero implicado en él inseparablemente; pues lo decisivo es experimentarse,

en virtud de una unión espiritual con Dios, como seres que dependen entre sí entera, alegre y gratuitamente.

Atención: esta es la experiencia fundamental de los pueblos originarios. ¿Eran ellos los bárbaros? La civilización cristiana occidental declaró paganismo su identificación religiosa con la naturaleza y en la escuela les prohibió hablar sus lenguas. La República entró a sable en la Araucanía, y los ladrones de todo tipo hicieron firmar papeles a personas que no sabían castellano. El general Pinochet dictó una ley que facilitó la división de las tierras de las comunidades y la oligarquía terminó por adueñarse de miles y miles de hectáreas. El monocultivo acabó con la flora y la fauna nativa, e hizo de los antiguos propietarios asalariados empobrecidos. La llamada civilización, en todas partes del mundo, ha extinguido tradiciones espirituales variopintas en entender las relaciones entre los seres al interior de un cosmos que, si no es compartido, implosiona.

Entrevemos hoy una experiencia mística. Pero queda trabajo por hacer. La mística, para que prospere, requiere de una mistagogía, de una enseñanza, una escuela, es decir, de una introducción en el misterio de la co-pertenencia cósmica. Contemplar el mundo como una realidad que nos pertenece porque le pertenecemos, pide co-operar, co-incidir en estrategias de salvataje, y gozar y maravillarnos de co-rresponder unos a otros. Se trata también de ir y hacer cosas juntos: con-currir (correr) y con-cordar (corazón) la convivencia. Por tanto, apura el cultivo de místicas comunitarias que le ganen el espacio al individualismo; y contrarresten el falso cristianismo que ha hecho del don gratuito de Dios una moneda de cambio por cumplimientos religiosos.

Está por verse si las religiones co-laborarán, serán cómplices o indiferentes al futuro de la tierra. Al cristianismo se le pide recordar su fe en el Creador de un mundo digno de amor; un mundo que ama a la humanidad desde antes que esta abriera sus ojos. Los budistas, ¿con qué se pondrán? Pónganse con la compasión. A cualquier persona, crea

en Dios o no, pídasele lo que pueda aportar. Que el ateísmo nos enseñe a no creer en ídolos (falsos dioses).

Nadie sobra, todos cuentan. La co-habitación comienza con aquellos que quieren vivir con nosotros, los minerales, los microorganismos, los vientos, lo que se mueve y lo que no, las personas que nos precedieron y las que vienen detrás también.

¿Hacia un cristianismo kármico?

La Encuesta Bicentenario de la P. Universidad Católica de Chile (2022) arroja un resultado nuevo. No es novedoso en relación a los años anteriores el desplome en el número de las personas que dicen pertenecer a la Iglesia Católica. Pero sí lo es en el caso de los jóvenes. De estos, solo el 36 % dicen ser católicos. En cambio, sube vertiginosamente entre ellos la creencia en el karma.

¿Qué es el karma? El concepto parece ser mucho más interesante de lo que pueda pensarse. Es más rico que la noción de karma que maneja la Encuesta. Aquel 36 % correspondería a quienes piensan que "las personas pagan en una vida lo que hicieron en otra". Hay, según parece, otros modos de entender el karma, no ya como algo que pagar o un castigo que sufrir.

Según Inteligencia artificial –recurso en el que todavía no podemos confiar porque en algunas materias se equivoca– el karma es una creencia más profunda: "El karma es un término que proviene del hinduismo y el budismo y se refiere a la creencia en que las acciones de una persona en el pasado afectan su presente y futuro. Según esta creencia, cada acción tiene una consecuencia, y esas consecuencias pueden manifestarse en la vida presente o futura de una persona". Le hice otras preguntas. Respuestas: no siempre el karma está asociado a la creencia en encarnaciones, no es una doctrina insolidaria con los pobres sino que demanda hacerse cargo de ellos. Es una filosofía que fomenta la compasión. "Según esta creencia, una persona puede estar experimentando pobreza en su vida actual debido a acciones negativas en su vida pasada o presente, como la negligencia de sus responsabilidades o la falta de compasión y generosidad hacia los demás". El karma es, sobre todo, una motivación para ser responsables de sí mismos y de los demás.

En una cultura cristiana como se supone que es la nuestra, el karma debiera considerarse afín al cristianismo. Tanto que es posible pensar en un "cristianismo kármico". ¿Cómo se entiende algo así?

Parto de un dato fundamental para los cristianos(as). Según el Nuevo Testamento, el Hijo de Dios "se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza" (2 Cor 8, 9). Es decir, hay aquí un área de convergencia entre el cristianismo y la idea del karma (hinduismo y budismo). En el cristianismo la identificación de Dios con los pobres es muy profunda. Los últimos papas, en continuidad con la Tradición de la Iglesia, enseñan que es inherente al cristianismo la opción preferencial por los pobres (Benedicto XVI en Aparecida, 2007). No se puede ser cristianos(as) sin optar por ellos. Los pobres son personas valiosas en sí mismas. No debieran ser tratados como objetos de caridad, como instrumentos a través de los cuales se pudiera obtener la santidad.

La búsqueda de la salvación consistente en hacer de los demás un medio para complacer a Dios no tiene nada de cristiano. El amor auténticamente cristiano considera que los otros(as) son fines y no medios. El otro(a) es Cristo. Esta idea tan poderosa también está en el judaísmo: en los demás puede verse al Mesías. En estas religiones nadie "se salva" solo, por decirlo así. El individualismo es nefasto. Pero esto es en la teoría, porque tanto en el cristianismo como en cualquier creencia se dan prácticas y configuraciones religiosas patológicas. Es herético que un cristiano vea en un pobre a un culpable. Antes bien, un cristiano tendría que sospechar que una persona deforme, un cesante, un curadito botado por la calle y cualquier persona que sufre es inocente. Y, en última instancia, no le toca a él(ella) juzgar a los demás, sino amarlos. Entonces, si las religiones coinciden en que Dios es amor (1 Jn 4, 8), comparten lo fundamental. Las diferencias entre ellas son secundarias.

Tratándose de creencias y religiones que nos hablan del misterio de la vida, de aquello que ha podido haber antes del nacimiento y después de la muerte, es preciso ser muy humildes y tolerantes. Tomo las

palabras de uno de los grandes sabios judíos del siglo XX, Abraham Joshua Heschel: "La religión es un medio, no el fin y se convierte en idolatría si se la considera un fin en sí misma. Por sobre toda creatura está el Creador y Señor de la historia, aquel que todo lo trasciende. Equiparar la religión a Dios es idolatría".

Conclusión: ¿pudiera darse un cristianismo kármico? No, si la creencia en el karma se entiende como una especie de maldición o castigo del que hay que liberarse. Sí, si el karma lleva a las personas a amarse unas a otras, a formar comunidades en vez de agrupaciones cerradas y a construir sociedades justas.

Espiritualidad medioambiental: reglas de oro

Los miramos con sorna, pero tenían razón. No les dimos importancia. La tenían. Nos alejamos de su fanatismo, ¿y los profetas, qué? Los profetas se adelantan siempre. ¿O no? No, dirán los que apedrean a los profetas. Hablo de los ecologistas, los del siglo pasado. Hoy su experiencia, y la de sus seguidores, se convierte en la espiritualidad del siglo XXI. ¿No el cristianismo? El cristianismo occidental está exhausto. Es un acorazado varado en la arena. Seguramente todavía tiene algo que aportar, pero está por verse.

Conozco poco la experiencia espiritual de los amantes y defensores de la naturaleza; admiro a los activistas, me inspiran las personas comunes y corrientes que separan el papel del plástico o quienes se han convertido en veganos. Es difícil seguir sus pasos, ¡nos piden tanto! Aun así, merecen mucha atención.

Los observo a la distancia. Espero que ellos suban al Sinaí y desciendan con nuevas Tablas de la Ley. Mientras tanto yo, este simple aficionado, ha redactado dos leyes que, cuando las recuerda, trata de cumplirlas.

Regla número uno: "De todo, la mitad". Por ejemplo, la mitad de pasta de dientes… un poquito basta. ¿Si nos aumentan las caries? La experimentación en esta causa es clave. ¿Mitad de duchas? Es mejor para la piel, es lo que dice la inteligencia artificial. ¿Lavada de pelo? Lo mismo, la mitad. Carne, la mitad. Azúcar, licores, envases, bencina, ¿no podrían disminuirse a la mitad?

Regla de oro número dos: "Menos consumo, máximo goce". "Ah, no, no es posible", piensa el devoto del qué-dirán. "Goce, consuma", sugiere Satanás. ¡Qué manera de comprar idioteces! ¡Salir de paseo a un mall! Sobran cartones, corbatas, autos, lapiceras, sombreros, libros, zapatos, ropa para qué decir.

Se puede gozar infinitamente más con menos. Se necesita inventar otra civilización, la de quienes se contentan con el mínimo de lo mínimo. Gozan con lo ínfimo: un nido de chercanes. Allí están, juntan ramitas, trapos, giran eléctricos, pían, despistan… Son asombrosos. Observarlos es gratuito. Lo mismo los chincoles que en primavera improvisan cantos uno tras otro. Nunca se repiten. Su creatividad supera la algorítmica. Se puede gozar sin consumir, no me digan que no.

La espiritualidad del siglo XXI habrá de ser laica, así no más, sin apellidos. El cristianismo podrá contribuir con san Francisco, reeditar el voto de pobreza, volver al Primer Testamento, el del pueblo judío, lleno de alabanzas a Dios por su creación. Pero si el cristianismo no se conjuga con otras tradiciones religiosas ni promueve el amor a Gaia, el planeta viviente, distraerá de lo que hoy es esencial.

¿Habrá otras reglas de oro?

Los visionarios del siglo XX, esos hombres y mujeres ecologistas que se nos adelantaron, deberían enseñárnoslas. Si no lo hacen o no las tienen, hemos de seguir legislando a la buena de Dios. Entre los seres hay una maravillosa interdependencia. Pero la comunión se agrieta, estamos en un grave peligro.

Peligra Gaia. Nos amó, nos ama. Pero nosotros a ella, poco o nada.

En los descuentos: consumir o compartir

El panorama es trágico. El calentamiento medioambiental pone al ser humano en peligro de extinción. Hay buenas razones para pensar que la COP 25 (Conferencia de las Partes para el Cambio Climático de las Naciones Unidas) llega tarde. Si esperamos que la calidad de vida de la humanidad mejore por parejo, mientras más seamos y más elevemos los estándares de bienestar, el calor retenido en la atmósfera sobrepasará con creces el aumento en 2 grados promedio, límite que permitiría hipotéticamente superar la catástrofe.

¿Qué hacer? El problema es de tal magnitud que no se puede pedir a la economía la solución. No queremos, por de pronto, que sean los economistas los que digan cuál es tal solución. Menos aún los economistas que han sido formados para perfeccionar el modelo de desarrollo culpable de la debacle. Pero, vistas las cosas desde el ángulo meramente económico, parece evidente que la humanidad llega a un callejón sin salida: consume y muere o no consume y muere también. Pues, el modo de organizar la economía que ha predominado hasta ahora –el modo que triunfó sobre los pueblos originarios en los que la propiedad privada no existió o fue subordinada a la colectiva– exige crecer para consumir y consumir para crecer.

¿Qué hacer? No es la primera vez que la humanidad se encuentra ante un *acabo mundi*. Pensemos en las pestes europeas que en algunos lugares mataron a las dos terceras partes de la población; en la disminución en 95% de la población del Caribe al cumplirse 50 años de la llegada de Colón; en los pueblos originarios de la Patagonia cazados como animales, hoy extinguidos. Pero esta es la primera vez que la humanidad como tal, ricos y despojados, enfrenta la posibilidad de ser devorada por el monstruo que ella misma creó. Inventó un dragón llamado capitalismo capaz de comerse la cola y todo lo demás.

¿Qué hacer? Pongámonos en el peor de los escenarios: la temperatura media del planeta aumenta sin parar, los témpanos se deshielan, las tierras bajas se anegan, las sequías en algunas zonas se hacen crónicas y, en otras, los ciclones arrasan con pueblos y plantíos; las poblaciones sobrevivientes migran despavoridas, revientan las fronteras y vuelven las guerras. Rota la armonía ecológica, el planeta fracasa por varios factores. ¿Qué podrá pedírsele, en este escenario, a los países, a los políticos o a la ONU? Se los culpará, ¿pero se conseguirá algo? ¿Qué, si ya no podrán hacer nada?

¿Qué hacer? Si, llegado el momento, y puede que este ya lo sea, de que el planeta no tenga futuro, queda una última posibilidad, la radical, no la política, la personal: decidir cómo morir. Es ya ahora que, nuevamente bajo el respecto económico, cabe consumir o compartir: "consumir menos y compartir más". Algo así puede incidir a un nivel político global, aunque en este plano se requieren otros instrumentos. Se trata de una alternativa ética en el orden de lo personal y de lo interpersonal. Es, podría decirse, una elección por un estilo de vida sobrio y comunitarista. Es, incluso más, una cuestión de creencia.

Nadie puede asegurar que el ser humano se realiza verdaderamente cuando solidariza con los demás. Unos lo creen, otros no. No se puede decir, por cierto, que es irracional compartir, pero tampoco se puede demostrar, antropológicamente hablando, que compartir sea en última instancia la razón del ser de la humanidad. Pero hay gente que cree que compartir tiene un valor eterno, que se saca el pan de la boca, lo parte y lo comparte. No hablo de imposibles. Esta gente existe, vive con menos y hace felices a los otros.

Es muy difícil imaginar que esta convicción antropológica pueda constituir un principio de organización macroeconómico. Los sistemas son éticamente inimputables. Pero, además, la versión neoliberal del capitalismo que conocemos es hoy casi imposible de contrarrestar. Si este es el motor del progreso del mundo en que vivimos –no quiero asustar a nadie, pero las cifras están allí–, lo que tenemos delante es una

muerte colectiva. Pero si esta muerte ha de ser también personal, los únicos que merecen quedar en pie serán aquellos que creen que compartir es más importante que consumir, y lo practiquen. Insisto: esta es una opción ética que depende de una concepción antropológica del ser humano. En lo inmediato, si los solidarios no salen ganando, es completamente seguro al menos que mejorarán la vida de su prójimo.

¿Qué haremos con la sal?

¿Qué haremos con la sal? Es una de las respuestas que se da cuando alguno pregunta por el agua de mar que desalinizaremos. Según parece, desalinizar implica juntar la sal en alguna parte. Si se trata de tirar tuberías a ciudades grandes como Santiago o Lima para tener agua suficiente, la cantidad de sal que se acumule puede ser enorme.

El caso es que, después de la pandemia, la sequía en diversas partes del mundo puede convertirse en otra bestia del Apocalipsis, y quién sabe si seremos capaces de aguantar tantas penurias. La situación ya es terrible para especies como los peumos y tantos animalitos que deben estar muriendo por doquier. Otros árboles, lo mismo. He visto vacas muertas cada doscientos metros en las serranías, caballos en los huesos. La sequía mata al Norte Chico desde hace décadas. También en otros lugares del país no se vive sin camiones aljibes.

El panorama es muy preocupante. La capital, que tiene una cuenca acuífera respetable, comienza a vivir de glaciares que se licúan uno tras otro. También cede el Echaurren. No llueve. No quiere llover.

¿Qué hacer? Supongo que el gobierno se mueve. Habrá preguntado al gobernador de California cómo han enfrentado este mismo problema. En Antofagasta las mineras sacan mucha agua de mar. La ciudad se abastece en más de un 80% con agua desalinizada. La ministra Schmidt de Medio Ambiente, tiempo atrás, nos dio un ejemplo muy de imitar. Es posible ducharse en menos de tres minutos.

¿Qué se puede hacer? Que el gobierno haga lo suyo. Pero también los ciudadanos. Apelo a la ética y a la mística. Dejemos de lado las procesiones y rogativas al Padre eterno. Terminaríamos echándole solo a él la culpa, cruzados nosotros de brazos.

La mística ha de ser franciscana. La mística ecológica de nuestra época nos hace hoy amar el agua. Podríamos irnos a alguno de los

cajones y quebradas de la precordillera que son una maravilla. Observar el agua correr, tomarla en las manos, olerla, beberla, lavarnos con ella la cara y agradecerla. ¿A quién? A Cristo, a la Pachamama o al agua misma. Amar el agua, preguntarles a nuestros pueblos originarios cómo se la ama. Nada habrá más importante. Amarla, gozar con ella.

El segundo paso, también franciscano, será cuidarla como lo hace la ministra y los campesinos del Altiplano. ¿Dejar de regar el pasto? Probablemente sí. Pero antes de esto, cerrar bien las llaves, llenar la lavadora antes de echarla a andar, enjuagar las tazas con lo justo y otras cosas más que dependerán de la circunstancia de vida en la que cada uno se encuentre.

Ética y mística: cuidado del agua para que alcance para las plantas, los animales, los insectos y los humanos. Y para la pura belleza. Porque el agua es linda. Punto. Mística, ética y estética.

¿Qué hacer con la sal? No sé.

Los restoranes botan la comida

Pedimos unos espaguetis a la carbonara y unos ñoquis. Nos trajeron unos platos enormes. Cada uno equivalía a tres platos. Me pareció simpático. Hinqué el tenedor y empecé a enrollar la pasta. Bien. Comí un tercio. No pude más. Saciado, le pregunté al mozo que qué hacían con la comida que sobraba. Se bota, me dijo. Era un restorán enorme, estaba repleto. "Se bota", quedé pensando. El mozo también me dijo que así se hacía en los otros lugares. Los restoranes botan la comida que sobra.

¿Fue siempre así? No. Antiguamente en Chile nadie iba a un restorán, era muy raro. Lo que sí era cotidiano era el hambre. Hambre, desnutrición, anemia, niños en manadas ratoneando en los basureros. Personas pobres, tristes, tocando timbres, pidiendo pan, cualquier cosa. Así era, pocos lo recuerdan. Las nuevas generaciones no piden comida, la tienen de más. No saben lo que es la adolescencia con el estómago vacío.

Si los restoranes botan la comida, si el cliente va a ellos porque lo atosigan, si el dueño del restorán no se complica con echar las sobras al basurero, es que el país está enfermo. La misma comida no merece este maltrato. Comer es un arte. Comiendo se comparte la vida en todos los sentidos de la palabra. Cualquier cosa importante se celebra comiendo. Debe además considerarse que, por comida, los seres humanos se han matado desde que el mundo es mundo. El hambre, ¡qué triste!, está a la base de muchas prosperidades. Dice Neruda a propósito de Macchu Picchu: "Hambre, coral del hombre, hambre, planta secreta, raíz de los leñadores, hambre, subió tu raya de arrecife hasta estas altas torres desprendidas".

¿Cuántas toneladas de comida botan los restoranes en un año? ¿Saben los clientes que hoy en Venezuela hay días que los padres no comen para alimentar a sus hijos?

Pastas, verduras, carnes, pescados, arroz, suma y sigue, todo a la basura. Esto es "comprensible" en gente adinerada que confunde el hambre con el apetito. Pero cuesta entenderlo en el funcionario de clase media que alguna vez supo que su madre comía en un vertedero las sobras del supermercado.

¿Y cuando venga de nuevo la guerra, qué? Nuestra generación no sabe qué es una guerra, por suerte. ¿Pero no deberíamos tener una mínima solidaridad con la historia trágica del ser humano?

Recuerdo que en kínder un compañero me enseñó a besar el pan antes de botarlo, en caso de que uno no quisiera comer más. Había en esto una suerte de solidaridad con la humanidad, una sana culpa. Es de las cosas más importantes que aprendí en el colegio.

Pido que el próximo gobierno prohíba a los restoranes botar la comida sobrante.

Solo un país bello tiene futuro

La belleza siempre ha sido importante. Hoy es además indispensable. La fealdad nos hace daño. Si invirtiéramos más en belleza, nuestra calidad de vida mejoraría. El país mismo se encaminaría por la mejor de las sendas del desarrollo. ¿"Invertir"?

No me gusta aplicar la palabra "invertir" al campo de lo bello. El uso de términos económicos en ámbitos no económicos ha sido deshumanizante. ¿Cómo puede hablarse de "capital humano"? ¿De "recursos humanos"? ¿De "costo social"? Por semejante razón, me irrita que en las farmacias me tengan catalogado entre las "grandes personas". Tienen mi rut, saben mis enfermedades, en suma, me felicitan porque soy un potencial enfermo que tiene con qué pagar. Hablo de "invertir" como sinónimo de fomentar, de poner los huevos en la canasta de la estética.

Me ha dado con imaginar que puede haber una reorientación general de la economía en función de la belleza. No sé si es posible convertir la belleza en un motivo suficientemente interesante para la economía, como para que el Estado y los particulares la prioricen. No soy economista. Pero cuando viví en Italia tuve la impresión de que este país dependía económicamente de la belleza. Los italianos han encontrado la fórmula mágica para venerar la belleza en su gratuidad y para sacarle partido económico. ¿Reconciliar a Dios con el Diablo? No. Es otro el asunto. Los italianos han gestado un instinto estético tras muchísimos años de amor por la creación y el ser humano. Para ellos la belleza es lo primero.

Confieso que mi inquietud es ecológica. El modelo de desarrollo que domina el mundo por doquier, y que a muchos chilenos los ha sacado de la miseria, tiene efectos colaterales deletéreos. La basura en las playas, la Torre Entel decorando Santiago, las bocinas en Valparaíso,

los geoglifos religiosos en los cerros de Antofagasta, el humo de Coyhaique, la vulgaridad fuera de ámbitos acotados, para qué seguir, nos están matando. Urge concebir el desarrollo en una clave humanista.

¿Qué hacer? La tarea les compete a los particulares y al Estado, a las familias, a las escuelas y a cada uno de nosotros. Tendríamos que revisar nuestra urbanidad. Antes que cuestión de política pública, la belleza que requerimos es la que requiere de nosotros. No la fabricable, sino la que nos pide una conversión. Un giro. Una experiencia que anticipe ese mundo en que reinará "el sentido del prójimo". El principal criterio estético es el amor a la humanidad.

¿Es posible combinar la competencia contra el prójimo, motor de la economía de mercado, de la que depende ni más ni menos que nuestra posibilidad de comer, con "el sentido del prójimo" que nos exige sacarnos el pan de la boca para que también otros puedan gozar de un mundo que puede ser hermoso por puro compartirlo? Si no es posible, nada impide intentarlo.

¿Puede un ser humano irse del planeta sin haber plantado un árbol? ¿Sin haber distinguido un gorrión de un chincol? No puedo entender que alguien compre una botella de agua. Tenemos agua potable en los grifos. En los campamentos del norte la consiguen con camiones aljibes. Sueñan con disponer algún día de llaves y cañerías. ¡Comprar una botella de plástico para tomar agua! ¡Tomarse el agua y botar la botella!

Apuesto a que este planeta es más bonito de lo que hemos pensado. Nuestros países tienen lugares de una belleza incomparable. El crecimiento económico, el auténtico desarrollo, no se hará sin música. Quisiera pensar que, con más música, más arte, más filosofía, habrá más desarrollo económico y, si nunca tanto, cultivo en humanidad. Este es un fin. El dinero, un medio. El futuro es cuestión de estilo.

El arte no se compra ni se vende. Me equivoco: sí, se compra y se vende. No: bajo un aspecto la belleza no tiene precio, es completamente gratuita; pero bajo otro respecto, si se fomenta su

cultivo, puede terminar dando una orientación fundamental a la vida de las personas y de un país; puede convertirse en la locomotora, también económica, detrás de la cual se ordenen todos los carros.

CAPÍTULO VI

Hora de activismo

Electrade, la hidroeléctrica que amenaza el río sagrado de Las Siete Tazas

Chile es un país hermoso. Muchos chilenos lo han comenzado a conocer –antes no habían tenido los medios para hacerlo–, y quedan maravillados con sus paisajes. La precordillera es una maravilla. Es un privilegio tenerla tan cerca.

Entre los muchos ríos de las regiones céntricas del país, el Río Claro, que en unión con el Lircay son el alma de Talca, es sin duda un río sacro. Es el río sagrado de las Siete Tazas. Estas distan 55 km de Molina. Son el orgullo de esta ciudad y de los habitantes de la VII Región. El Maule es poderoso, pero en gracia el Río Claro es más. Tal vez sea porque su recorrido es sinuoso, calmo, en sus orillas la meditación es más fácil. Dificulto que en Chile haya un río con un comienzo tan elegante. Esas Siete Tazas de aguas en cascada, el Velo de la Novia, el Salto de la Leona son de una hermosura incomparable. La armonía de las aguas, gélidas y trasparentes, apacigua el espíritu e invita a mirar con lupa la vida que brota a borbotones en sus orillas.

Donde hay agua hay vida. En la cuenca de las Siete Tazas abundan las especies vegetales y animales típicas de la Zona Central. Aves, por montones: pitíos, torcazas, tucúqueres, cachuditos, chunchos, tordos, diucas, colegiales, fío-fíos, chercanes, jilgueros, raras, tiuques, cernícalos, tencas, liles, garzas, choroyes y varias familias más. Son unas 270 especies. Se dan naranjillos, quiyalles, peumos, maquis, olivillos, maitenes, radales, espinos, bellotos, ruíles, boldos, litres, robles y arbustos varios. Hay nueve tipos de anfibios y veinte de reptiles. Hay pudúes, monitos del monte, quiques, güiñas, zorros, chingues… Y peces, cangrejos. E insectos de muchísimas clases. Flora y fauna que crece junta, que depende una de otra. Nada, sin embargo, nada, sería

posible sin el río. Como en las demás partes del país, la vida pertenece a las aguas y las aguas pertenecen a la vida.

Me pregunto: ¿por qué el país no proyecta su desarrollo en clave estética? Sé que lo está haciendo. Conaf hace su parte, las municipalidades la suya. Nuestro país es sumamente bello. El desarrollo económico de Chile bien podría orientarse hacia el turismo. Los mismos chilenos podríamos reinvertir nuestros recursos en gozar de la tierra que tenemos.

Dejemos por un momento, empero, el valor económico de nuestros paisajes. Lo bello es gratuito. Si Chile aspirara a convertirse en un paraíso de la naturaleza, aunque saliera para atrás en las platas, valdría la pena intentarlo. Porque cuando se tiene espíritu y se busca la armonía con el prójimo y el cosmos, la captación de la hermosura en lo pequeño basta y sobra.

Duele infinitamente, por todo esto, que la empresa ELECTRADE se disponga a construir una hidroeléctrica de paso en el Río Claro. Consta que Chile tiene cubiertas sus necesidades energéticas por nueve años más. Los países europeos viran progresivamente hacia las energías renovables no convencionales. Chile mismo da pasos extraordinarios en aprovechar el sol y los vientos. El país entre 2014 y 2017 ha doblado su energía renovable no convencional. Para el 2030 se espera que llegue a un 60% e incluso se dice que para el 2050 este tipo de energía podría cubrir el 100% de las necesidades energéticas. ¿Sacrificar al hijo de las Siete Tazas para exportar energía a otros países? ¿Hacer del agua un negocio de la empresa privada a costa de la vida y la hermosura de Chile? ¿Cómo es posible que Italia permita que una de sus empresas incurra en esta barbarie? ¡Italia!

Este no es un proyecto sustentable.

Meterán camiones, romperán las riberas, desviarán el Claro en 7 kilómetros, secando gran parte de su lecho. Construirán mamotretos de cementos hasta que el negocio dé, y se irán. Antes habrán engañado, comprado, compensado y finalmente desarraigado a los campesinos de

sus tierras. Algunos de ellos están aterrados. El dinero conseguirá enemistar a los vecinos. Las comunidades serán destruidas. Empresas del tipo lo hacen en varios otros lugares del territorio. La historia es siempre la misma.

Pagarán las multas. Tienen plata.

Pienso que llega la hora en que todos, los empresarios, los funcionarios de gobierno, la ciudadanía, la derecha y la izquierda, levanten la mirada y, en vez de echarle la culpa a los demás, consideren si acaso la belleza es un bien suficientemente importante como para que las próximas generaciones puedan gozarla y vivir de ella. La naturaleza, incluido el ser humano en ella, es una armonía. La belleza está en la armonía. La fealdad mata. La belleza –dice Dostoievski– "salvará al mundo".

Araucanía sin forestales, ahora

Las forestales son un gravísimo problema. No son el único problema. Pero si el gobierno no saca las forestales de la Araucanía, las soluciones a las otras muchas injusticias padecidas por los mapuche con la asistencia del Estado chileno pueden ser parches inútiles para un sangramiento de casi 500 años.

Las forestales no son el único problema: en los sectores pehuenches son las hidroeléctricas y las geotérmicas; en la costa, la industria pesquera y salmonera; en el lado argentino, el fracking con las petroleras.

Violeta Parra: "Chile limita al centro de la injusticia".

No soy un experto en el tema. Pero de cuanto he podido preguntar, averiguar y estudiar, veo que en la Araucanía colisionan dos cosmovisiones antagónicas. El mapuche se sabe uno con la tierra y su entorno. Su mundo le pertenece y él pertenece a su mundo. Un único cosmos es dividido, repartido y compartido por seres que sintonizan, viven y mueren unos con otros. La violencia en él es una realidad e incluso una necesidad pero que, a fin de cuentas, beneficia a todas sus creaturas. El mapuche extrae de la naturaleza lo indispensable para vivir. No necesita acumular. El pueblo mapuche es pacífico mientras no quieran hacerlo esclavo. Aspira a una armonía social y cósmica.

La cosmovisión occidental de los chilenos, en cambio, es muy distinta. Es predominantemente moderna. El chileno, mezcla de muchas cosas, en la medida que representa en el territorio a la cultura de Occidente, desde el siglo XIX en adelante, ha despojado al pueblo mapuche de sus tierras con malas artes. No son la avaricia y la voracidad sin medida características solo de la modernidad, pero estas plagas se alimentan de la visión cartesiana del mundo de acuerdo con la cual la naturaleza es res extensa a disposición del ser humano. Hasta hace poco

esta manera de ser humanos parecía la cúspide de la humanidad. Pero, desde que comenzamos a padecer la catástrofe ecológica en curso, el pueblo mapuche y tantos otros pueblos originarios en diversos lugares del planeta que también han debido sufrir usurpaciones y genocidios nos enseñan otras maneras de convivir, no completamente exentas de barbarie, pero en muchos aspectos más sabias que las occidentales.

Del conflicto cerrado entre estas dos cosmovisiones resulta que lo que Chile ofrece como desarrollo, el movimiento mapuche lo percibe como invasión. El pueblo mapuche quiere desarrollo, pero muchos de sus integrantes no ven con malos ojos la defensa a veces violenta del territorio que hacen los sectores extremos.

El caso es que durante el régimen militar las forestales invadieron el cosmos mapuche. Entraron en su territorio con una violencia que la oligarquía nacional no pudo advertir porque tuvo, y tiene, otra visión de mundo. Arrasaron con las plantaciones nativas, rajaron las tierras, metieron pinos, álamos y eucaliptos. No repararon en la cantidad de insectos, de aves y de mamíferos que murieron por su culpa. La industria de la madera se apoderó de las aguas. Secó las napas. Contaminó. Entraron y salieron de la Araucanía, metieron plata y sacaron más plata, y hoy se quejan de falta de protección a sus camiones.

¿Camilo Catrillanca? Otro asesinato.

El Plan Araucanía del gobierno promete a los mapuche reconocimiento como pueblo. Bien. Promete algún tipo de cuota para la participación política en las cámaras. Bien. ¿No podría mejor ofrecer alguna manera de reconocimiento político colectivo? El Plan promueve una serie de avances que deben ser valorados como pasos adelante. La motivación profunda es la búsqueda de la paz. ¿Es esta una motivación honesta? Me llama la atención este texto: "Es imperioso enfrentar en todas sus facetas la situación de La Araucanía y especialmente la del pueblo mapuche, buscando soluciones basadas en el diálogo, la

reparación, el reconocimiento, el progreso y el respeto al Estado de Derecho".

Pero el Plan no menciona entre las facetas a las forestales. Ni una sola vez en todo el documento se habla de ellas. ¿Por qué no? Sigue: "Ello no obsta a exigir que todo proceso de diálogo tenga como prerrequisito una renuncia explícita a la violencia de todas las partes involucradas". Pregunto: la invasión de las forestales, ¿tendría también que cesar para que el diálogo comience?

El Plan busca la paz. Excelente. Pero si el gobierno no hace nada por sacar las forestales del Wallmapu (territorio mapuche), habrá buenas razones para pensar que el Plan no es otra cosa que una versión rediviva de la Pacificación de la Araucanía comandada por Cornelio Saavedra con pólvora y sables, una acción política y militar salvaje, e indesmentible.

"Arauco tiene una pena". Y las forestales, ¿pudieran tener alguna? No se puede excluir que estas planifiquen una retirada voluntaria de un territorio que no les pertenece. Bueno sería que el gobierno colabore en esta tarea, que la agencie, además de retirar las tropas.

Arauco tiene más de una pena y muchos chilenos, que no somos mapuche, también. Habremos de lamentar, por lo mismo, que el uso de la violencia para conseguir los propios objetivos, mecanismo reempleado por la industria maderera desde hace cuarenta años, salte del campo a la ciudad.

La paz en la Araucanía, la armonía cósmica que muchos occidentales empezamos a anhelar, requiere que las forestales cesen una ocupación que ha comenzado a hacer pasar los ánimos del amarillo al rojo.

Anglo American o Santiago de Chile

El honor no tiene precio. ¿O lo tiene? Lo tiene.

El Estado de Chile devenga pingües ganancias con los impuestos que paga Anglo American con Los Bronces al precio de tener a esta minera a pocos kilómetros de Santiago. Esto tiene algo de humillante, ¿o no? ¿Aceptarían los ingleses que una empresa chilena abriera una mina de carbón a las afueras de Londres? Tampoco el Reino Unido querría que le ensuciaran el Támesis.

Chile lleva años de sequías severas. Los glaciares pierden masa. Los pronósticos son malos. Estamos aprendiendo a cuidar el agua. Años atrás logramos canalizar las aguas sucias del Mapocho. Ahora corre barrosa, pero no hiede.

El caso es este: el proyecto Los Bronces Integrado tiene por objeto extender la vida útil de la mina hasta el año 2036, a efecto de lo cual debe realizar labores de expansión del actual rajo y abrir un nuevo túnel en la alta montaña.

Me parece que la capital de Chile no puede arriesgar una zona estratégica. Ningún pueblo ni ciudad chilenos pueden seguir siendo dañados por las transnacionales multimillonarias tal como está ocurriendo en otras partes de Latinoamérica a altísimos costos medioambientales y humanos. Téngase en cuenta que los nuevos mártires del continente son defensores del medio ambiente.

Inteligencia artificial: "Anglo American, una de las mayores compañías mineras del mundo, ha enfrentado diversas quejas y críticas en diferentes partes del mundo relacionadas principalmente con problemas ambientales, derechos humanos, y el impacto social de sus operaciones".

En nuestra América Latina, se ha sufrido el extractivismo de Anglo American en Moquegua, Perú, a causa del proyecto Quellaveco; en La

Guajira, Colombia, la población indígena Wayuu "ha sufrido las consecuencias del desplazamiento forzado, la contaminación del agua y la violación de derechos humanos" (Inteligencia artificial). Sudáfrica, Australia, Zimbabue, Zambia… En Santiago peligran las aguas de Las Condes y Vitacura que se abastecen del río Mapocho. Lo Barnechea está angustiada. ¿Quién podría defender las comunidades chicas, Tiltil, Lampa y Colina?

El INDH, en su informe de enero de 2024, advierte: "El hallazgo más significativo, lo constituye el riesgo de afectación por parte de la actividad minera, ejemplificado con filtraciones ya descritas que contaminan el flujo de agua, provocando potenciales afectaciones al recurso hídrico utilizado para el consumo de la población aledaña. En este sentido, cabe destacar dos aspectos; en primer lugar, la existencia de las filtraciones denota una falla de la empresa en la fiscalización de su infraestructura para evitar que estas situaciones se produzcan y, en segundo lugar, la lenta y deficiente respuesta para subsanar las filtraciones, lo cual cuestiona su eficiencia para hacer frente rápida y diligentemente a eventos que pudieran poner en riesgo a las comunidades cercanas" (p. 54).

El presidente Gabriel Boric ha instado a respetar la institucionalidad del país para controlar la actividad minera en Los Bronces. Él debe velar por el crecimiento económico de Chile. De acuerdo, señor presidente. Pero estamos preocupados. Los diques se trizan, las instituciones también. El Segundo Tribunal Ambiental de Santiago debiera fallar en derecho. Pero este no es solo un tema económico ni tampoco de meras eventuales filtraciones químicas. El honor del país no tiene precio, tampoco los jueces debieran tenerlo. Lamentablemente hemos llegado a este punto. ¿Será necesario revisar las cuentas corrientes…?

Oración por los humedales

Es para preocuparse. Los humedales de Chile están en peligro. Son miles. Pero, ¿porque son muchos podemos dejar morir algunos? La COP25 es una oportunidad para que el gobierno haga algo por salvarlos. Los humedales son verdaderos paraísos.

¿Qué es un humedal? "Los humedales son un tipo de ecosistemas donde el agua es el principal factor controlador del medio, definiendo su vegetación y fauna asociada. Esto incluye agua dulce y salada. Los humedales están entre los ecosistemas más productivos del mundo, es decir son máquinas de producción de vida. Sin embargo, existen en pequeñas porciones del planeta, por lo que su valor para plantas, animales y otros organismos, incluyendo al ser humano, es gigantesco" (cf. "Chile, país de humedales. 40mil reserva de vida").

¿Cuál es el problema? Las inmobiliarias los están destruyendo. Camiones, retroexcavadoras, métale tierra, métale más. Haga cimientos. Cemento, más cemento. Como si los humedales fueran solo pantanos. No me refiero simplemente al caso de los adolescentes que con sus motos a cuatro ruedas arrasan las docas, los totorales, rompen los huevos de los pilpilenes, desmoronan las dunas y aplastan a anfibios. Tampoco hablo de la basura. Algunos humedales se han convertido en chancheras. Plásticos, gomas, putrefacción. Hablo de los empresarios inconscientes. Del rico bárbaro y codicioso, distinto del rico que compra tierras para conservar la naturaleza.

En algunos lugares, nuevamente el pueblo mapuche peligra porque le quitan las aguas y quiebran los ecosistemas en los cuales por siglos han desplegado sus vidas. La misma lógica mercantil, desarrollista y despiadada que extinguió a los changos y los selknam menoscaba día a día la vida del mapuche.

Dios todopoderoso y eterno, Creador del cielo y de la tierra: se alega contra la quema de camiones. ¿Es esta más violenta que invadir las tierras indefensas, secar los humedales y matar la vida que tanto te costó inventar?

Un humedal es un ecosistema acuático de una intensidad vital impresionante. Allí conviven múltiples especies. En el Tricao he registrado más de 60 especies de aves: zarapitos, pidenes, taguas de cresta amarilla, de cresta roja, pimpollos, siete colores, triles, huairavos, huairavillos, cisnes, garzas cucas, tantos pájaros de una belleza incomparable. En un tiempo hubo pejerreyes. Hay humedales clave para las migraciones de aves que van todos los años de uno a otro hemisferio. Los RAMSAR. El Yali, por ejemplo. En los humedales conviven y viven unos con otros, unos de otros, insectos, mamíferos, aves, peces, especies vegetales, algas, y también olores, sonidos y colores. Son una preciosura. ¿Cuánta vida microscópica habrá en estos tesoros acuáticos? De allí vienen los seres vivos. La humanidad. Los humedales son los riñones de Chile: amortiguan los vendavales, conservan las aguas, absorben el dióxido de carbono y generan oxígeno.

Dios todopoderoso y eterno, Creador del cielo y de la tierra: ¿cuántos siglos te tomó pensar en un coipo? ¿Cuánto te demoraste en crear un sapito de Darwin?

Hace poco el Senado revisó una ley para proteger estas maravillas de la naturaleza. Ahora le toca a la Cámara de Diputados. No hay legislación para proteger humedales. Su única defensa son algunos alcaldes "buena onda" que no aguantan presiones.

Dios todopoderoso y eterno, Creador del cielo y de la tierra, danos una mano. Si no lo haces, si los parlamentarios tampoco, daremos la pelea solos.

Índice

Introducción 1

I. Reto apocalíptico 5
1. El problema número uno 6
2. La apocalíptica judeocristiana 8
3. Cristianismo en tiempos apocalípticos 10
4. Fallo sistémico 15
5. Cuestión de tiempos 18
6. COP21: París 2015 21
7. Una encíclica estremecedora 24
8. La cruzada medioambiental del Papa 27
9. Las universidades cristianas en el ocaso de la modernidad 30

II. Campanazo pandémico 33
10. Sin dolor, no seremos diferentes 34
11. Los otros como peligro 36
12. *Amor mundi* vs. *acabo mundi* 39
13. Suelten a los viejos 42
14. La vida tras la pandemia 44
15. El cristianismo busca su adjetivo 46
16. La última posibilidad del cristianismo 49

III. Radicalidad 51
17. Retorno a las cavernas 52
18. Una espiritualidad radical para otra civilización 55
19. Un nuevo nombre para tiempos nuevos 58
20. Giro fundamental de la filosofía 60

IV. Inclusión de los "otros" 63
21. Apuesta por los pueblos originarios 64
22. Gesta espiritual de un pueblo champurria 66

23. Necesidad de reconocimiento de la espiritualidad de los pueblos originarios 69
24. Plaza Brasil, bautismo de humanidad 72

V. Nuevas experiencias místicas 74
25. Dios es "ateo" 75
26. El retorno de la sabiduría 77
27. Tentación de *fuga mundi* 80
28. Mística del agua 82
29. Mística del metro cuadrado 85
30. Mística de la co-pertenencia 87
31. ¿Hacia un cristianismo kármico? 90
32. Espiritualidad medioambiental: reglas de oro 93
33. En los descuentos: consumir o compartir 95
34. ¿Qué haremos con la sal? 98
35. Los restoranes botan la comida 100
36. Solo un país bello tiene futuro 102

VI. Hora de activismo 105
37. Electrade, la hidroeléctrica que amenaza el río sagrado de Las Siete Tazas 106
38. Araucanía sin forestales, ahora 109
39. Anglo American o Santiago de Chile 112
40. Oración por los humedales 114